



CiViSMO

S. M. P.

MANIZALES

NUMEROS 31 Y 32

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE EN EL
MINISTERIO DE CORREOS Y TELEGRAFOS, REGISTRO No 208

Digitalizado UCaldas - SMPM

Paños ingleses
“EL REY”

Los mejores.

LUIS RESTREPO ISAZA & Cia.

Los mejores paños ingleses para flux tienen la marca

“MEDALLA”

Y LOS VENDE

ALFONSO JARAMILLO R.

Manizales

Local: Carrera 13, frente al Palacio Nacional

CIVISMO

Organo de la S. de M. P. de Manizales.

Manizales - Caldas - Colombia - Septiembre de 1939 - Nos. 31 y 32

LA SOCIEDAD DE MEJORAS PUBLICAS

Y

"CIVISMO"

consagran al reconocimiento perdurable de la ciudad
los nombres de

JOSE HORTAL

JULIO CUERVO

EDUARDO POSADA ARANGO

JULIO ZULOAGA

AQUILINO VILLEGAS

LUCIANO DURAN

ANTONIO J. LONDOÑO

EMILIO TORO

JORGE G. HOYOS

quienes con apostólica constancia lucharon en la
prensa, en la Cámara de Representantes y en juntas
especiales para obtener que se convirtiera en realidad
el anhelo ciudadano de unir a Manizales con el río
Magdalena por medio de una carretera.



Dr. Emilio Toro



Dr. Aquilino Villegas



Dn. Julio Cuervo



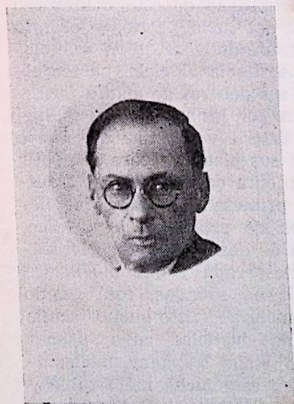
Don Antonio J. Londoño



Dr. Julio Zuloaga



Dn. Luciano Durán



Dn. Jorge G. Hoyos



Dr. Eduardo Posada Arango

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR JULIO ZULOAGA

EN LA COLOCACION DEL MONUMENTO A LA MEMORIA
DE DON JOSE HORTAL, EN EL VALLE DE "LETRAS".



JOSE HORTAL

Uno de los más destacados precursores de la carretera al Magdalena, a cuya memoria fue levantada, por el Club Rotario, una columna conmemorativa en el paraje de "Letras". En otra página de esta entrega publicamos vistas de este homenaje. :: ::

La República de Colombia debe a José Hortal, un monumento. La ciudad de Manizales, primera en apreciar el alcance inmensurable de la idea afortunada y atrevida de un español, tan amante de esta tierra como de la suya propia; primera en conocer las magnas dificultades de orden económico y técnico que, para vías de comunicación, presentan las profundidades insondables y las rocas primitivas de este montañoso sector del suelo patrio, y el reto desafiante de la cordillera que elevándose hacia el cielo, parece olvidar sus deberes de madre fecunda para con los seres vivientes, hacerse estéril y coronar de nieve eterna sus picachos para competir en blancura con las nubes; Manizales, primera en recibir los beneficios de esta ruta gigantesca, que ha de desarrollar una civilización inesperada y que movilizará riquezas no soñadas, está dando hace mucho el "visto bueno" a una obra de justicia, cuyo primer contado viene a pagar modestamente en esta fecha memorable y de satisfacciones infinitas, para quienes secundaron la idea que con-

cibiera, para tenazmente imponer después, un hombre de vasta comprensión y de armónico criterio. Ese varón ilustre fuiste tú, José Hortal, y por eso encabezas este desfile triunfal.

A rendiros cuenta de nuestra gratitud y admiración, hemos venido a la cúspide de la cordillera gigante, que repetidas veces, por zonas distintas cruzaras, contando los tardos pasos del cuadrúpedo, práctico sistema a tu servicio para calcular distancias; llevando el barómetro como inseparable compañero y como primer ayudante de campo; cargado el corazón de buenos deseos para con la tierra que te entregó amigos leales y gentilísima compañera, y el cerebro repleto de cálculos matemáticos, ordenados y precisos. Desde este helado lugar, señalando con la diestra el más valioso caudal de aguas de la patria y puesta tu mirada convincente sobre la ciudad del Ruiz, esperamos que con la elocuencia del bronce perdurable, dirás a quienes por esta caudalosa vía transiten, que Colombia paga por igual a nacionales y extranjeros, obras de aliento y de valía, concebidas y ejecutadas en su honor. Y tú tienes, Hortal, la virtud de hacerte escuchar. Porque te escuchamos y te seguimos en histórica jornada, estamos festejando la terminación de carreteras, que muchos creyeron superiores a nuestra organización y a nuestro empuje.

Cuatro etapas accidentales y tormentosas recorrió la obra de titanes que hoy damos al servicio público. Fue la primera, la concepción de la ruta más corta, con menos problemas de ingeniería y la menos costosa, que beneficiara al departamento y lo pusiera a las puertas del Atlántico y, como complemento indispensable, despertar la opinión ciudadana equivocada y sacarla de su letargo atrofianete, convencerla de su error y enfilarla hacia un mismo ideal. La segunda etapa fue la lucha ante el consejo nacional de vías y ante el parlamento, para hacerles volver sus miradas hacia al ciudad atormentada que consideraban para siempre muerta, cuando su situación, su riqueza y la preparación de sus hombres, la llamaban a mejores destinos comerciales. Esta etapa se cerró felizmente cuando en la ley 88 de 1930, sobre carreteras nacionales, se incluyó, sin entusiasmo, por parte de mayorías indiferentes, la transversal Manizales-Río Magdalena, dejando para más tarde el señalamiento de la ruta que debía seguir la arteria comercial que tan vitalmente nos interesara y que un pueblo trabajador reclamaba sin descanso, porque Hortal lo había convencido que estas vías eran indispensables para traer a Caldas su grandeza. Esta faz incierta dió lugar al nacimiento de la tercera etapa, en la evolución de la cual se desarrollaron los más reñidos episodios, se atropelló nuestra paciencia hasta agotarla, dimos batidas inteligentes y definitivas a propios y extraños, porque no podéis olvidar vosotros, que me estáis escuchando y quienes hayan de leerme, que en todo el departamento y en el corazón mismo de la ciudad, teníamos los más poderosos enemigos, y que en la silla de los gobernadores de Caldas,

estaban emplazadas las más pesadas baterías, no solamente para cerrar el paso al Magdalena, por donde nosotros lo pedíamos y por donde se hizo, sino para combatir la carretera al occidente por Arauca y la prolongación Chinchiná-Santa Rosa. Aquellas baterías se rindieron al fin y se pusieron a nuestro servicio y quienes desde ellas dispararon se dicen hoy partícipes de nuestros triunfos. Vencimos el poder y vencimos las intrigas! Y llegamos, por fin, a la cuarta etapa, que fue la de la construcción. Estadistas de Manizales y entidades de carácter cívico y comercial, hicieron el milagro de encontrar la manera de financiar la obra, contra el querer de centros distribuidores de mercancías importadas; nuestros ingenieros dominaron la montaña, los abismos y las rocas invencibles de Cerrobravo, que aplastaron bajo su golpe salvaje muchos de nuestros obreros. La obra está concluida y la ciudad agradecida nos envía a pregonarlo desde la vecindad de las nieves eternas y a rendir justo homenaje al vidente peninsular. Cada una de estas cuatro etapas tuvo sus apóstoles y fuiste tú, José Hortal, el dueño de la primera, como dueño de la idea; el animador y capitán de la segunda y, como consecuencia de las dos citadas, tu espíritu iluminó a los líderes de la tercera y de la cuarta.

Muchos dijeron que los fundadores de Manizales se habían equivocado al pretender levantar siquiera una modesta villa en el disparate geográfico que era la topografía de la ciudad. Setenta y cinco años más tarde, esta generación creyó que había sido otra equivocación hacer la salida comercial hacia la hoya del río Magdalena, como la establecieron esos esforzados zapadores de innata inteligencia, sin cultivo en números ni medidas, y desviaron hacia el Pacífico, por ésta y otras razones, sus cargamentos de importación y exportación, aprovechando una larga red ferroviaria. Llega en estos momentos un hombre iluminado, con corazón tan colombiano como el nuestro, y con cifras irrefutables, se atreve a decirnos que los equivocados somos nosotros y no los fundadores, que abandonemos a Buenaventura como puerto de nuestros negocios con el exterior, que busquemos el bajo Magdalena y que renunciemos a la comunicación inmediata con el corazón del Tolima. Nuestro porvenir comercial está en el Caribe y no en el mar de Balboa, está en La Dorada y no en la capital de la república. Hortal en su primer artículo sobre el trascendental tópico decía:

"Por qué en vez de pedir la construcción inmediata de los 132 kilómetros que nos faltan para comunicarnos con Bogotá por ruedas, no pedimos la construcción de 69 kilómetros para poder establecer la comunicación con La Dorada, es decir, con el mar, si con ello conseguiríamos, además, la comunicación con Bogotá en la misma forma y sin aumentar la distancia que por El Líbano? Yo no sé si estaré equivocado, pero yo veo esto tan claro, que no me explico cómo no ha sido estudiado y señalado hace mucho tiempo por quienes tienen autoridad para hablar de estas cosas."

Este modesto caballero, de porte distinguido y señorial, de agradable e interesante conversación, que tenía el dón especial de trazar carreteras a la simple vista, sin temor a equivocarse, que cargaba los bolsillos llenos de aparatos y que no hablaba con sus compañeros de viaje para no perder la cuenta del número de pasos de su mula, visitó la cordillera central por donde un hijo dilecto de Manizales, apóstol de civismo, le sugirió posibles pasos; se deleitó mirando esas que llamaban suaves pendientes del Tolima, que van a morir a la llanura histórica; aspiró las cálidas brisas del Magdalena y sintió muy cerca las costas hospitalarias que lo acogieron de niño, que lo educaron y lo enseñaron a amar a Colombia. Vino, fue y volvió a la ciudad que tenía ya escalada la mitad de la altura de los Andes, empezó a escribir, a buscar lectores, a sacar de su letargo de conformidad y de derrota a los dirigentes manizalenses, a dirigirse a los hombres de estado y a las entidades comerciales, a las empresas y a las sociedades cívicas, a los legisladores y a todo lo que encontraba utilizable e influyente a su paso impetuoso de vencedor. Este hombre, de actividad portentosa en esta empresa tan ingrata al principio, vió con toda claridad nuestra redención económica y nos mostró que llevaba en sus venas la misma sangre patricia y castellana de los fundadores, que sin más brújula que su machete y su sentido de orientación, abrieron las trochas hacia el Río Grande, escalando alturas más encumbradas que las nubes, y salvando profundidades vecinas de las entrañas de la tierra.

Nunca se ha visto mayor hazaña en cálculos económicos, que la de este señor cuya memoria, un pueblo agradecido, quiere perpetuar; jamás un extranjero en Colombia, sin más equipo que su inteligencia, sin más fondos que su quijotismo y sin representación diplomática de su país, ha hecho triunfar idea de mayor envergadura nacional.

Tuvo la satisfacción José Hortal de ver triunfante su ideal en Manizales, en el congreso, en los altos poderes nacionales y en el país entero. Y como si presintiese que su fatigado corazón no alcanzaría la fortuna de ver cumplidas la tercera y cuarta etapas de su obra, escribió con el delirio de quien no debe morir antes de llegar siquiera al meridiano de la vida, su último conmovedor sueño, que recogieron los guardianes de sus cenizas sagradas.

A tu derecha en este lugar silencioso y frío, encargados de la justicia y de la historia, escribirán, para que los siglos lo sepan, los nombres gratos de los titanes que, sin más interés que el amor a Colombia y a su pueblo, pusieron su inteligencia al servicio de tu idea redentora; a los ingenieros que trazaron y dirigieron este prodigioso camino para carros, y a los trabajadores que cayeron al golpe sorpresivo de las piedras asesinas, o que rodaron a los abismos sin fin. Y los enemigos poderosos de la obra, que se rindieron a nuestro choque como se doblegó la montaña, y que quieren

hoy cambiar el sentido de sus actuaciones pretéritas, tienen derecho a alegrarse con nosotros, pero colócalos en este sitio, Hortal, con la espalda vuelta a la arteria caudalosa por donde circula la más fecunda sangre de Colombia!

Esta sencilla columna, esta placa de bronce y el parque que llamaremos "José Hortal" y que animará estos lugares misteriosos y al parecer solitarios, constituyen el primer contado que abona la ciudad de tus amores a la deuda que para contigo, ilustre vidente, tiene contraída y de plazo vencido nuestra patria. Entrégame el recibo, tolerante acreedor, que yo quiero ponerlo de bandera al carro que conduce en este desfile -que lleva la nota fúnebre de tu ausencia-, a tu gentil esposa y a los tres renuevos, herederos de tu nombre.

El campo de aterrizaje debe quedar
construido en el presente año. Con-
tribuya usted a esta magna obra.
S. de M. P. :: :: :: :: :: :: :: ::

CARRETERA AL MAGDALENA

LEY 88 DE 1931

(1º de julio)

Por la cual se adopta el plan de carreteras nacionales.

.....

Artículo 1º—A partir de la vigencia de la presente ley, la red de carreteras nacionales del país tendrá una longitud total para los próximos años de 6.204 kilómetros, repartidos entre las distintas secciones del país, así:

CALDAS, - 410 kilómetros.

Artículo 2º—Los 6.204 kilómetros de carreteras distribuidos conforme al artículo anterior constituyen para el futuro próximo la red nacional de carreteras. En esta red quedan incluidas las siguientes vías:
TRANSVERSALES.

Dabeiba-Cañasgordas, Medellín-Sonsón-MANIZALES-RIO MAGDALENA.

.....

El Presidente del Senado,

TULIO POSADA M.

El Presidente de la Cámara,

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

Poder Ejecutivo.—Bogotá, julio 2 de 1931.

Publiquese y ejecútese.

ENRIQUE OLAYA HERRERA

El Ministro de Obras Públicas,

Germán Uribe H.

CARRETERA DE OCCIDENTE

ORDENANZA NUMERO 26

(de 14 de abril de 1932)

Por la cual se distribuyen unas sumas para la construcción de carreteras y cables, y se conceden unas autorizaciones al Gobernador.

La Asamblea de Caldas,

ORDENA:

Artículo 4º—La suma de ciento cincuenta mil pesos (\$ 150.000.00) en pagarés del tesoro nacional del 8 por 100 que están a la orden de la Admón. del Tesoro, recibidos de la Nación por el Departamento en pago de participaciones de la renta de licores y de dineros invertidos en obras nacionales, se destinará por la Gobernación a la siguientes obras:

a). A la construcción de la carretera que de La Virginia va a Pueblo Rico, treinta mil pesos \$ 30.000.00

b). A la construcción de la carretera entre Chinchiná y Marsella, treinta mil pesos 30.000.00

c). Al sector entre Chinchiná y Santa Rosa, en la carretera nacional entre Manizales y Pereira, diez mil pesos 10.000.00

d). A las obras de que trata el artículo siguiente, ochenta mil pesos 80.000.00

Artículo 5º—Además de la cantidad destinada en la letra d). del artículo anterior, el Gobernador incluirá en el presupuesto de la próxima vigencia un crédito por la cantidad de cien mil pesos (\$ 100.000.00). Dichas cantidades serán invertidas en la continuación del cable aéreo de occidente, hasta donde determine una junta compuesta por los señores Emilio Latorre, doctor Néstor Echeverri y don Manuel Mejía Robledo, y en la construcción de la CARRETERA MANIZALES-CAUYA, siendo entendido que el dinero que sobre de la inversión que necesite el cable, se invertirá en el trayecto de carretera comprendido entre la terminación del cable y Cauya, punto de empalme con la carretera Villegas-Arquía.

El Presidente,

FRANCISCO MONTOYA G.

El Secretario,

Víctor M. Urrea



DR. JAIME ROBLEDO URIBE - DN. TOMAS CALDERON

DESPUES DEL ACTO DE ENTREGA DE LA MEDALLA DEL CIVISMO

**DISCURSOS PRONUNCIADOS EN LA VELADA DEL CUATRO
DE AGOSTO CON MOTIVO DE LA ENTREGA DE LA
MEDALLA DEL CIVISMO**

DEL DR. JAIME ROBLEDO URIBE

Esta condecoración significa una vez más que si Homero pudo vivir sin Aquiles, Aquiles no hubiera podido existir sin Homero.

Amar a la ciudad, Amigos, en donde rodó nuestra cuna, es fácil: más difícil es amarla cuando a ella nos condujo la rueda de

la vida; es fácil amar a la ciudad con cuya tierra y agua amasamos una mañana nuestro primer juguete de barro: más difícil es amarla cuando a ella venimos trayendo el polvo de caminos remotos; amar a la ciudad en donde supimos qué es el amor, es fácil: más difícil es amarla después de haber amado; es fácil amar a la ciudad en donde aprendimos a reír y a llorar: más difícil es amarla cuando se sabe por qué se ríe y por qué se llora; es fácil amar a la ciudad cuando a ella se penetra un día por calles alinderadas de homenajes, alfombradas de palmas, presto el yantar, muelle el lecho y la bandera al tope; más difícil es amarla cuando a ella se penetra una noche, como vino a nosotros Tomás Calderón, con "un lío de rimas y un bordón de viajero", sin más credencial que la del ensueño, sin más bagaje que "el azul cuaderno", y a la espalda la carga de una pobreza tan auténtica, tan mínima, tan pobre, que jamás ha podido doblar esa espalda. Por último, Amigos, es fácil amar a la ciudad cuando en ella se posee la Casa de oro; cuando su prosperidad es la de la propia hacienda; cuando el viento que la menea hincha al mismo tiempo nuestras lonas; cuando sus flores y sus frutas maduran en campos que también son nuestros; cuando hasta los mismos pájaros cantan el "beati possidentes" pues urdieron su nido sobre el árbol que sembró nuestro abuelo. Pero amarla porque sí, como la ama Tomás Calderón, porque su aire no es aire sino música; porque sus campos no son campos, sino paisajes; porque sus pájaros no son pájaros sino canciones; amarla como ideal y no como fábrica: como estilo y no como realización, como tema y no como sistema: amarla con la imaginación y no con los sentidos; amarla sin esperanza, amarla románticamente con el más romántico de los amores, y hacer que ese estilo, que ese ideal, que ese tema, que esa imaginación, que ese romanticismo y que ese ensueño se transformen en bienestar, en hechos, en obras, en progreso, en salud y en riqueza, es un milagro que ha realizado Tomás Calderón, que sólo puede realizar un poeta!

Este nombre, Tomás Calderón, o el otro más hogareño de Mauricio, puesto en relieve sobre un croquis de nuestra tierra, puede seguirse paso a paso, como los meandros del río familiar, pues doquiera plantó su tienda en ella éste que a sí mismo se llama ingeniero sentimental: Arriba fría capilla de nuestro Páramo al pie de cuyos órganos de basalto reza y tiritita la encapuchada cofradía de los frailejones; más abajo farallones mineros en donde la ciudad pequeñita encontró el oro para su anillo de esponsales con la riqueza; más abajo todavía vertientes inferiores de la cordillera que descienden mansamente a bañarse los pies en el agua de nuestras quebradas. Cordillera con el tajo de la carretera y con las cicatrices de los viejos caminos de arriería que ninguno como Mauricio ha sabido evocar. Caminos de arriería: empallizadas, blasfemias, tiples, toldas y sobre todo bueyes. En esta nuestra noche de mejor fiesta, cuando el

Cauca y el Magdalena duermen en nuestros brazos; cuando va a saber el país lo que somos y lo que podemos, cuando hemos dejado de ser la cruz para convertirnos en la estrella, yo no entiendo por qué Estradas y Mejías, Ocampos y Uribes, Jaramillos y Villegas, y todos nosotros, nos hemos olvidado del buey en vez de tenerlo, libre al fin!, sobre el mármol, con los "ojuelos durmiendo en regado sueño", como si fuésemos malos amigos y como si se hubiese agotado la sal de nuestras manos. Después La Enea, la por Tomás Calderón tan bien amada, la de Mauricio bien cantada, nuestra Enea pastoral, frutal, floral, con ríos de oro, de leche y de miel de fruta y con cuadros de hortaliza que son colchas de retazos de pobre, cortadas con recatón y cosidas con raíces. Y Manizales, cuya alabanza no me corresponde, por él celebrado minuto a minuto en su pasado, en su presente y en su porvenir; La Linda que es la calcomanía de un pueblecito, y para terminar la enumeración ya que no la realidad de la obra, nuestros flancos occidentales de morenos nombres calentanos: la Cabaña, la Finaria, la Rochela, la Palmera, por él descritos en una prosa que puede compararse con la caña dulce, con la flor del pisamo, con el agua del coco y con el canto del Cauca cuando madrugaba.

Ni alto ni bajo, morena la color, ruda la estampa, viril el continente, dura la osamenta y alma de niño. No es manso al modo de las bienaventuranzas pero sí humilde a la manera evangélica. Ni revuelta corbata, ni chapeo de ancho alero, ni melena en columpio: pero sí poeta, por la música y por la letra, por la vida y por la obra, por la prosa y por el verso, por el acento, por el pensamiento y por la gracia de Dios. Es imposible concebir una mayor imaginación y fantasía: cuando con estos dos lápices ilumina el pasado, tórnase presente: y cuando ilumina el futuro, parece como si ya hubiese existido. Es nuestro Don Quijote de Manizales, y un soñador, pero sueña despierto. Al honrarlo la ciudad esta noche con la medalla del civismo, como al mejor de sus hijos, hónrase a sí misma, realizándose de esta manera un capítulo que se le olvidó a Cervantes, y el sueño en que Tomás Calderón nunca soñó.

Los vecinos de la Avenida Cervantes
deben construir los andenes al frente
de sus residencias.-S. de M. P. :-

DE TOMAS CALDERON

Señor doctor Robledo Uribe:

Debería permanecer silencioso en esta noche que ahora conmueve mi alma como no la han conmovido nunca ni el dolor que a veces desata su artera ráfaga contra el árbol estéril de mi vida, ni aquella felicidad de un instante que sirve de cronómetro a las rosas y que nos hará sonreír algunos años más, aparejada luego de cálidas memorias como un barco transitorio.

En toda existencia, por humilde que sea, hay un episodio que echará para siempre numerosas raíces en el alma y en el corazón. La fecha seguirá por nuestro camino lo mismo que una sombra en ocasiones o como un canto que sólo apagará la muerte inmóvil algún día.

Creo que este pueda ser el mayor acontecimiento de mi vida como estimo también que sea la mayor equivocación menos provechosa que haya sufrido un pueblo en el orden al más mínimo de sus habitantes.

Pero, así mismo, se dijera que alguno destapó mi corazón para ponerle encima la ilustre ofrenda cívica, porque nadie podría amar a esta tierra como yo la he amado siempre, en lo cual no habrá imagen comparable ni culto parecido. El grupo de ciudadanos que dispuso la entrega, tuvo el ojo certero, pues supo adivinar -quién sabe con qué intuición extraña- cómo dentro de mí llevo a esta ciudad en una incesante gestación de semilla, cual si yo fuese un poco de la misma tierra que la sustenta.

En este suelo corrieron mis claros días, nacieron algunos pobres cantos que al menos tienen humildad de nido anónimo en ramajes solariegos, y -como en una espiral que se atornilla a las constelaciones- he visto crecer mis sueños -patria ilusoria que alinda el viento- sin más trazado y sostén que el paisaje siempre viejo y siempre nuevo, porque se nutre con la retina azul y providente de Dios.

Un día, como en un éxtasis de esos que describen los teólogos y que son tan frecuentes en las vidas beatas, vi a esta magna ciudad, toda de un golpe, extendida bajo mis ojos, desde una nave ligera gobernada por los nuevos Ulises de un mar sin arenas.

Llena de dorada claridad como la ciudad metafísica del Profeta, semejaba también, sobre la arbitraria colina, el broquel de una raza, la encarnación de la energía: el aire puro, el júbilo adolescente de la mañana, el alma gozosa, invitaban a navegar alrededor de sus torres.

Desde lo más lejano, cien caminos avanzaban hacia ella en duro tropel geográfico. Yo veía extenderse sobre las lomas esa red de antiguos senderos, y -a manera de turgente cinturón que se apretase a sus riñones de cemento- una retaguardia unánime de ríos indígenas que, por ser muy alta la colina donde anida la ciudad filial, se quedaron atrás desde el Génesis, en sus lechos cobijados de oro.

Eran, en verdad, caminos trepadores como parásitas pendientes del barandal pitagórico del horizonte: unos viejos, borrosos, trunco, a manera de rotos puentes después del naufragio; otros empinados hacia los blancos farallones en forma de tatuaje secular; descolgados aquéllos por la hondonada amorosa de árboles; éstos de piedra y acero, con rumbo a los dos océanos como dos gemelos convenidos en ganar la doble estribera de los Andes.

Por aquéllos, casi cegados ahora, entraron los Fundadores; por los de más allá vino después la recia progenie merecida; por esos que parten hacia remotos lindes salieron los hijos de los árboles; por los de más allá arribó la esperanza que se corona de verdes espigas y por los otros llegó entonces el éxito a la jineta en una cabalgadura trotadora de afanes.

Sin embargo, por ninguna ruta de las que veían mis ojos grávidos de una santa emoción anclada en sendas y torres y colinas, vino el desaliento, ese inseparable viajero taciturno y pálido, que viste negra cogulla y es flaco y lacrimoso semejante a un hijodalgo del Greco.

Entonces vi, desde la nave, como en el Trino y Uno de la mística religiosa, el Ayer, el Hoy, el Mañana. Aquel pasado aldeano de nuestra ciudad cuya breve historia precoz reclamó el caldo espiritual de un aeda antiguo; el presente, guardador de la preciosa herencia cada vez más limpia y el porvenir que aglomera sus albas nuevas sobre un bosque de hierro.

Y recordando aquel milenario Colegio Apostólico lleno de divina sorpresa bajo el móvil tumulto de las lenguas de fuego, pasó por mi espíritu aquella oración que sólo suscitan las cumbres y de cuya profana trasposición fueron culpables la ciudad que amo, el risco duro de la tierra donde aún aparecen las pisadas de aquellos varo-

nes cristianos que la conquistaron y el azul que ardía más arriba, bajo el cual pude solamente decir, más allá de mí mismo:

"Creo en Manizales, todopoderosa, creadora de la más fuerte colombianidad. En el Futuro, su único hijo, que fue concebido por obra y gracia de la Raza y nació de una montaña virgen. Padeció bajo el poder de las llamas. Fue crucificada, muerta y sepultada. Descendió a los infiernos de la desolación; y al tercer día resucitó de entre las ruinas como el Ave Fénix. Subió a los cielos en doble y augusta catedral de fe y optimismo y está sentada a la diestra del cráter vigilante: desde allí -"cúpula de la patria"- han de ser juzgados, vivos o muertos, los habitantes estorbos y los que la olvidan en su ausencia. Creo en el espíritu santo del desinterés ciudadano; en el perdón de los pecados nacionales cometidos contra su austera regionalidad modelo; en la resurrección del Civismo, y en su grandeza perdurable. Amén."

Al descender, horas después, cuando, de regreso del mar, se deja atrás un río, límite musical de dos pueblos fraternales; cuando desde un abierto monte que parece un púlpito bajo la errante basilica de las nubes, vi la ciudad quieta en el collado -abeja prodigiosa en colmenares de niebla- me pareció que se desprendía milagrosamente de la alta montaña, que salía a mi encuentro y que se estrellaba contra mi alegre corazón de taumaturgo lo mismo que una madre súbitamente apresurada hacia la novedad del hijo que regresa sin la cordial anunciación.

La histórica ofrenda que esta noche se funde en el crisol agrado de mi alma, es el claro símbolo de ese encuentro y la guardaré como escudo tutelar de mi casa pobre pero honrada.

Ayude usted con su cuota, pequeña o grande, a la ornamentación del Parque de Caldas.-S. de M. P. :: :



Dr. Francisco José Ocampo

quien como Presidente del Comité Central de Festejos de inauguración de las carreteras de Occidente y al Magdalena, realizó una labor patriótica, a fin de obtener el mayor realce de tales festejos. Los demás miembros del Comité fueron don Guillermo Hoyos Robledo, don Gabriel Villegas Botero, don Gustavo Larrea, don Guillermo Gutiérrez J., don Santiago Ruiz Camargo, don Daniel Mazuera V., don Rafael Villegas J. y don Justo Gálvez Ossa. Secretario General, don Roberto Londoño Villegas.

PROGRAMA GENERAL

con que la S. de M. P. celebró la inauguración de las Carreteras de Occidente y al Magdalena, durante los días 4, 5, 6 y 7 de Agosto de 1939.

Día 4. - Viernes.

10 a. m.—Homenaje del Club Rotario a la memoria de José Hortal, gran impulsor de la carretera al Magdalena. Peregrinación a "Letras".

2 p. m.—Apertura de la Exposición de pintura y escultura, en los salones de la Asamblea Departamental.

8 p. m.—Apertura de la FERIA POPULAR situada en la nueva plaza de ferias, y juegos pirotécnicos en el mismo lugar.

9 p. m.—Gran Festival artístico y cultural en el Teatro Olympia. Números de este acto: Colocación de la Medalla del Civismo a Tomás Calderón por Jaime Robledo Uribe. Oración sobre Manizales de Rafael Maya, danzas de Erika Klein, interpretación al piano por Armando Palacios, declamaciones de Víctor Mallarino.

(Decorado especial del maestro Gonzalo Quintero).

Día 5. - Sábado.

6 a. m.—Alborada por las bandas de la policía de las ciudades de Manizales, Pereira y Armenia.

10 a. m.—Actos inaugurales de las placas conmemorativas, en el Parque de los Fundadores, y en la plazoleta donde se inicia la carretera de Occidente. Llevó la palabra el doctor Eduardo Posada Arango.

3 p. m.—Gran desfile de los cuerpos de bomberos de Manizales y otras ciudades del departamento.

4 p. m.—Cucañas y otros números de atracción en la plaza de Occidente.

4 p. m.—En la Cancha de la Policía: Partida de basquet-ball entre los equipos "San Fernando" de la ciudad de Cali, y el cuadro local "Unión". También se efectuó una partida de basquet-ball masculino entre los equipos "San Fernando" de Cali y "Manizales", cuadro local.

5 p. m.—Recepción a la embajada que llegó de Bogotá por la carretera al Magdalena.

6 y 30 p. m.—Apertura de la exposición de vitrinas.

7 y 30 p. m.—Juegos pirotécnicos en la plaza de occidente.

8 p. m.—Cine público en el parque infantil.

10 p. m.—Baile de gala en el Club Manizales.

Día 6. - Domingo.

11 a. m.—Maniobras del cuerpo de bomberos en la Plaza de Bolívar.

12 m.—Almuerzo campestre ofrecido por el H. Concejo

S.

M.

P.

en el campo de Belén, como homenaje a los ingenieros y obreros que participaron en la construcción de las carreteras.

3 p. m.—Gran corrida de gala en el circo del Estadio.

5 y 30 p. m.—Varas de premio (cucañas), y otros números populares en la plaza de occidente.

8 p. m.—Juegos pirotécnicos en el mismo lugar.

8 y 30 p. m.—Fiesta Bailable en el Casino.

9 p. m.—El gran conjunto los Cosacos del "Don Platoff", en el Teatro Manizales.

Día 7. - Lunes.

5 a. m.—Alborada por las bandas de música.

9 y 30 a. m.—Parada Militar, en la plaza de Bolívar, con asistencia de las escuelas y colegios, y en presencia de las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, acto en el cual se tomó el Juramento de Bandera al personal del Batallón de Infantería "Ayacucho". Estos actos fueron organizados por el Mayor Ernesto Gutiérrez.

10 y 30 a. m.—Interesantes partidas de revancha de basket-ball masculino y femenino en la Cancha de la Policía, entre los equipos "San Fernando" de Cali y "Unión Local", y los cuadros masculinos "San Fernando de la ciudad de Cali y el "Manizales".

1 y 30 p. m.—Lujosa Reunión Hípica, en la que se corrió el Clásico Ministerio de Guerra.

5 p. m.—Desfile típico de la arriería desde la Avenida Cervantes hasta el centro de la ciudad.

8 p. m.—Baile Típico en el Escorial. Evocación de las viejas costumbres antioqueñas.



R A F A E L M A Y A

en el momento de pronunciar su magna oración
sobre Manizales.

VIDA, MUERTE Y RESURRECCION DE UNA CIUDAD

**Discurso de Rafael Maya, en la velada de gala
efectuada en el Olympia el 4 de agosto de 1939.**

Señores:

Cuando un dilecto amigo y gentil escritor me invitó a Manizales, a nombre de la Sociedad de Mejoras Públicas, para que viniera a participar en la velada lírica con que la ciudad inicia sus regocijos por la inauguración de varias importantes carreteras, acepté sin demora y sin reservas, no sin que después me hubiera puesto a reflexionar acerca de las dificultades que me aparejaba tan repentina aceptación. Voy a explicarme.

Escribir un discurso para el público de Manizales es empresa de grave responsabilidad. Es esta una de las ciudades más cultas del país, y existen aquí una alta cátedra de periodismo y una afamada escuela de elocuencia que han educado, de muchos años a esta parte, la sensibilidad del público, y convertido a cada ciudadano en un degustador exigente de las bellezas literarias. Por otra parte, esta gallarda juventud de Caldas se ha encargado de mantener muy altas aquí las ejecutorias de la inteligencia; de difundir entre el pueblo formas novísimas de expresión, y de darle a la palabra humana un timbre lírico que se acompasa triunfalmente con el fervor de los años mozos, pero que acaso no logra arrancarle quien penetra, como yo, en el paisaje de rocas que pone término a las llanuras olímpicas.

No extrañéis, por tal manera, que me sienta cohibido ante vosotros. Lo estoy en verdad, porque mi conciencia me dice que, además de encontrarme delante de un público socialmente benévolo y acogedor, me rodea una muchedumbre crítica que va comparando mis palabras con los modelos de elocuencia nativa a que está acostumbrada, y que si excusa al ciudadano y al amigo, no perdonaría al escritor que viniese a defraudar su generoso entusiasmo. Crece mi temor al considerar que la historia misma se ahorró el trabajo de engendrar a este pueblo. Nacisteis en súbito alumbramiento

como los hijos de la fábula. Muchas veces he pensado que si las aguas del océano sumergieron cumbres y territorios, en edades a donde sólo llega la voz de los poetas, en esta porción del suelo colombiano se efectuó un prodigio contrario: del mar de la selva brotó de pronto una ciudad admirable, que bien puede compensarnos de aquellas islas desaparecidas.

No tenéis historia, ciudadanos de Caldas, hijos de Manizales, y eso mismo confunde al sociólogo y pasma al poeta. Quien desee conocerlos, en lugar de peregrinar hacia atrás en busca de vuestros orígenes, tiene que avanzar hacia el porvenir para encontrarlos. Es como si la naturaleza, invirtiendo los términos habituales de la vida, os hubiese obligado a recorrer al revés el camino de la historia, haciendo que la raza saliera del sepulcro para encontrar su cuna. Estupendo prodigio que denota vuestra madurez social en plena adolescencia como pueblo, y que hace pensar, con asombro, en la portentosa obra de progreso que puede desarrollar esta raza con el transcurso de los siglos.

Hay disposiciones espirituales que son hijas del determinismo geográfico. La geometría del alma guarda no sé qué analogías con la configuración física de las zonas terrestres. En las mesetas, la historia se desliza con un ritmo lineal, en tanto que ese mismo movimiento se quiebra y despedaza cuando conquista la vertiente o la montaña. La colonización de estas regiones es un verdadero salto de los tiempos. El tigre que aquí rugía, y el hombre que vino después, poseyeron la misma mecánica para explotar el territorio. Cuando estas alturas se convirtieron en morada habitual y pacífica de la raza antioqueña, pudieron sus hombres comprender con cuánta armonía se adaptaban sus almas ariscas a la rebeldía geográfica, y cómo la tierra se acomodaba, en recíproca sumisión, a la peculiar naturaleza de esas almas.

Y haber nacido de la selva, y de la selva encumbrada, es otra especie de predestinación histórica. Pueblo que surge en la ribera o en la costa, como tiene a la vista la lección del agua mudable, o es migratorio, o lleva en las venas un cierto linaje de emoción transitoria que se traduce, no en pacífica alegría de vivir, sino en sensualidad fugaz y vehemente. Belicosa es la llanura, que engendra al viento y al jinete; indolente y soñadora la meseta, y es esforzada, fecunda y piadosa la alta serranía, bañada de aires finos, arropada por nubes fecundantes, y cubierta de árboles que la arrullan con voces de eternidad. Este pueblo goza de los privilegios que le otorga la presencia de la selva. Como ella, es incansablemente activo; es pertinaz y tradicional como ella, y finalmente, como ella es religioso, porque si en las montañas habita el espíritu de Dios, renovando los prodigios del Génesis, el nervio de esta raza lo constituye el sentimiento de lo sobrenatural y divino, que se manifiesta exteriormente como piedad privada, y como admirable conjunto de virtudes sociales.

La imaginación se asombra al representarse el estado de lo que hoy es el territorio de Caldas, cuando llegaron aquí los capitanes españoles. Una noche de árboles interrumpida apenas por constelaciones de flores silvestres. Arriba, cumbres nevadas de donde se desprenden manantiales eternos. En lo hondo, un río oscuro y ancho, bajo el techo de la floresta, que parece condensar en sus aguas aquel tremendo silencio de abismo y de montaña. Encerrados en su anfiteatro de montañas, valles cálidos productores de la palma ondulante, que crece sin cantores. Contrastando con las hirvientes hondonadas, páramos lisos, azotados por la ventisca; y un poco más abajo, repuestas vertientes o vergeles naturales, alegados por el canto del agua. Torrentes espumosos, ríos auríferos, arroyos que parecen hechos de ajorcas, todo ese líquido elemento crea un mundo de fábulas que vuelan del seno de la naturaleza candorosa a confundirse con la mitología de las nubes. Y animando el intrincado laberinto, tribus guerreras, o pacíficas poblaciones, que cavan sepulturas, edifican santuarios, aman salvajemente, y acaban por cerrar los ojos inexpresivos ante el misterio de un cielo que no comprenden y de una tierra que desconocen. Centenares de soberanos mandan sobre ese territorio escarpado. Plumas de aves simbolizan ese mezuquino poderío. La flecha que lanzan, se pierde en la espesura, como se perderá el destino de su raza en el ámbito histórico. Tanto el soberano como los súbditos desnudos caminan literalmente sobre su propio pasado, porque debajo del terreno que pisan se amontonan los muertos, en resonantes sepulturas, ostentando consigo los más opuestos símbolos de la existencia; el oro que ata el espíritu, y el arte que lo liberta. El brazalete, codicia del corazón, y el ánfora, sensibilidad de la inteligencia. Pero arriba, sobre el suelo salvaje, ¡cuánta lucha, cuánta sangre, cuántas medrosas carnicerías! La víctima humana que se crispa, la hierba que envenena, los arcos que crujen a porfía, el horrisono gritar, el fúnebre són de fotutos y tambores, el chocar de las lanzas, el espanto de las máscaras bestiales, el siniestro adorno de los tatuajes, la ebriedad de la victoria o el duelo de la derrota. Y por encima de todo eso, el esplendor de una tarde melancólicamente hermosa que desciende sobre la selva, como una promesa de los cielos para aquella sangre salvaje.

Pero no todo es horror en este cuadro. Existe el indio agricultor que remueve la tierra, y es astrónomo a su manera, pues predice la abundancia o la escasez de la cosecha de acuerdo con el semblante del firmamento. Existe el indio músico que hace resonar las selvas con el nombre de su beldad tatuada, y que al aplicar a los labios el carrizo melancólico, inventa la expresión americana del desamparo cósmico. Existe el indio decorador, que tiñe de azafrán las mantas, e inventa una ingenua geometría para adornar sus figuras de barro. Y existe el indio escultor y orfebre que labra el vaso, redondea el cántaro o alarga el ánfora, hasta lograr formas de

suavidad femenina, dibujos puros como la línea de un pétalo, o contornos que recuerdan la mejilla del niño.

Pero un día, vestida de hierro, penetra la epopeya castellana en los dominios indígenas. Capitanes y aventureros recorren el territorio de Caldas de sur a norte y de oriente a occidente trazando, por misterioso designio, una verdadera cruz de huellas humanas sobre la tierra recién descubierta. Son representantes de un poderoso Imperio que acaba de coronar la épica empresa de su unidad social y política. La Cruz de Cristo ha penetrado en las estancias y torres del palacio árabe, fábrica de encaje levantada sobre troncos de palmera africana, y todavía los jazmines y los mirtos perfuman los patios donde la voluptuosidad oriental vino a buscar el bullicio de las aguas andaluzas. Hasta esos minaretes ha llegado el rumor de un mar incógnito, así como a las costas británicas son conducidos, por entonces, despojos de árboles extraños, indicadores de una tierra desconocida. Un crucifijo y una espada, que parecen volar por sí propios, como en las leyendas caballerescas, rasgan la extensión procelosa. Un mundo nuevo se ofrece a España. Los huesos del Cid se alborozan, y su voz de soldado, resonando a la distancia de cinco siglos, ordena a sus herederos y descendientes renovar la gesta heroica, no en la planicie castellana, sino en las selvas del continente misterioso.

Y así fue. Uno de ellos, don Jorge Robledo, rasga con su espada, de parte a parte, estos follajes impenetrables, y funda dos o tres poblaciones efímeras. Es humanitario y persuasivo. Su temeridad se ablanda ante los dictados de una política conciliadora que le atrae la sumisión de las tribus y el homenaje de los Caciques enojados. Su aventajada talla, su barba de caballero, y el resplandor de las armas que le visten desde los pies hasta la cabeza, lo erigen como a soberano natural de la selva. Sin duda, los indios del Nuevo Mundo son menos tenaces y crueles que el moro legendario, contra el cual los abuelos de Robledo han peleado por centenares de años; pero el indígena americano opone al hierro de Castilla su mudéz enigmática, su secular malicia, y su increíble resistencia ante la tortura. El Mariscal español ensaya métodos de conquista acordes con esta peculiar sicología del indio, y únicamente en trances apurados suelta su jauría de perros feroces, o ensaya los arcabuces contra la raza despojada. Se le ofrendan vasijas de oro, y sólo por excepción el altivo Ocusca se niega sobriamente a rendirle vasallaje. En cierta ocasión una flecha le atraviesa la mano, y otra va a clavarse en la nervuda pantorrilla. América hiere a su Conquistador, y es allí, entre el polvo del combate, donde se mezclan por primera vez la sangre del castellano y la sangre del indio, preludiando la conjunción que más tarde se realizará en los crisoles de la raza. ¿Soñaría en ese punto Robledo que no el dardo de chonta, sino la espada que acaso él mismo vió fundir en Toledo, empuñada por el brazo vengativo de su rival, acabaría con su vida en las propias

selvas que habían servido de teatro a sus hazañas? ¡Ironía de los destinos humanos! ¡Falacia de la historia! ¡Misericordia de toda empresa terrenal! ¡Fuiste apaleado y descabezado, ¡oh, noble y valeroso Robledo!, como remate de tus conquistas, pero tu sacrificio no fue estéril. Con el revolver de los tiempos, tu sangre y tu linaje reviven en un grupo de varones que entran a consumir, sobre tus huellas indelebles, una empresa semejante y contraria a la tuya, al mismo tiempo. Los instrumentos son distintos, el propósito es diverso; pero los anima tu fe en Dios, tu valor temerario, tu castellana hidalguía, tu arisca independencia. Habían la lengua que tú trajiste a estos mundos, jurídica, militar, caballeresca y teológica, pero ya enriquecida con el acopio indígena. Donde tú guerreaste con los indios, ellos siembran el grano redentor, y cortan los árboles en torno de la iglesia recientemente edificada, para que se eleve sin competidores la torre que proyectará siempre su sombra sobre tu memoria de caballero cristiano.

Los extremos del territorio caldense son recorridos, con igual ímpetu, por los subalternos del Mariscal. Los hallamos estratégicamente situados: al occidente, Gómez Fernández; en las regiones orientales, Hernán Rodríguez de Sosa, Maestre de Campo, y al sur, el Capitán Alvaro de Mendoza, descubridor del valle del Quindío, y el primero que pisa los extensos y aborrecidos páramos. Bueno será que nombremos a algunos de los soldados de esta legión brava. Ese que observa todo con mayor curiosidad que los otros se llama Pedro Cieza de León. En grupo alegre, vertiendo castizas procaçidades como las que escribió el Bachiller Fernando de Rojas, avanzan Antonio Pimentel, Alonso de Villacreces, Francisco de Avendaño, Martín de Arriaga, Ricardo Gil y Juan de Frades. Cojean y se sostienen mutuamente, Pedro de Velasco y Juan de Torres, que llevan ajorcas de oro, extraídas de una sepultura indígena. Pérez Zambrano y Pedro López Patiño, que portan mantas de algodón a manera de capas españolas, se han pintado el rostro y los brazos, parodiando los afeites nativos. En otro grupo, Jerónimo de Tejelo, Pedro de Barrios, Alonso de Hoyos, Juan Rubio, Pedro Cobo, Pedro Solano de Quiñones, Antonio Redondo y Marco Márquez, recuerdan las tierras de Extremadura y de Galicia, la Vega Granadina, y alguno de ellos habla de la encantada Nápoles, donde hizo de soldado galán, suerte bien distinta de la que le deparan ahora aquellos miserables manglares. Reflexivo y sereno, avanza el Capellán Francisco de Frias, con hábitos destrozados. Le ha sorprendido mucho encontrar en ciertos lugares bien instaurado el culto del demonio. Al penetrar en algunos santuarios, poblados de ídolos horrendos, el humo de la salvia, del poleo y de la vainilla le ha dado en el rostro. Casi asfixiado, se ha vuelto hacia la montaña saludable, con incienso de niebla. Reacios son los indios para aceptar la nueva y celestial doctrina; pero ya muchos besan la cruz y recibieron el bautismo. ¿Quién pudiera negar en absoluto que este sacramento no les

fuera aplicado muchas veces con el agua de los ríos nacidos en las cimas nevadas que desde aquí contemplamos? De aquellas copas de plata, de aquellos cálices de cristal centellante, labrados en la noche del tiempo para la liturgia del fuego y de la tempestad, descendió en arroyos la gracia de Cristo sobre la frente de las tribus domesticadas.

Terminado el ciclo heroico, y muertos los conquistadores de muerte miserable casi todos ellos, vuelve a cerrarse el bosque sobre los caminos improvisados por la espada, y sobre las poblaciones cuya fundación obedeció a móviles de estrategia fugaz o de explotación transitoria. La precaria minería va declinando, la raza indígena se agosta. Arruínase Santa Ana de los Caballeros, tan castizamente bautizada. Cartago, regalada por el rey con escudo de armas, muda de sitio para esquivar el asedio de los salvajes. En cambio, la selva recobra su pujanza. La montaña y el cielo se abrazan nuevamente, para renovar su interrumpido diálogo de constelaciones y de cumbres!

No penetra la Colonia en este territorio. Aquella indolente y perfumada etapa busca los centros de agitación civil y religiosa, los grandes núcleos urbanos en que predomina la nobleza, y se mueve el complicado mecanismo de la burocracia. El altiplano de Bogotá, la meseta de Tunja y el valle tibio de Popayán, condensan la modalidad de esa época. Pacifica el obispo, humilla el virrey, atemoriza el oidor y extorsiona el encomendero. La disputa del teólogo y la actividad del historiador no alcanzan a interesar al pueblo. Aquí un poeta laberíntico, más allá una escritora mística y de aquel lado un cronista picaresco, iluminan con rasgos de ingenio, con lumbres sobrenaturales o con recios brochazos de realismo costumbrista, aquel ambiente adormecido de claustro y de zaguán, de archivo notarial y de sala de audiencias, de portal y de plaza, de oficina de recaudación y de monasterio mendicante. Canteros religiosos, más o menos poseídos de la fiebre mística que inflamó a los arquitectos de la Edad Media, edifican pórticos, iglesias, atrios y sacristías, torneando y doblegando la piedra para representar la historia bíblica, o los encantos de una leyenda dorada de inspiración local. Escultores y talladores de apacible mente teológica, labran altares monumentales, retablos de profusa ornamentación o estatuas de impresionante verdad, que resplandecen ante las muchedumbres devotas, suscitando en unos la vocación monacal, en otros la dramática repartición de bienes entre los menesterosos, en éstos un ímpetu militar de Caballeros Templarios, y en los más, cierta permanente abstracción de frailes metafísicos, o de cortesanos desengañados. Aroma Santa Fé como un cofre de sándalo. Lirios de santidad florecen en los patios de Tunja. De Popayán llega un hábito de sahumero andaluz que embriaga los sentidos. Pero la obra española parece destinada a desaparecer en estas soledades andinas. La población viene a menos desde la conquista hasta el fin del siglo XVII. Hacia es-

ta época, por ejemplo, la población total de Antioquia se halla constituida por 46.000 habitantes, repartidos en dos ciudades, dos villas, siete pueblos de indios y veinte parroquias. El territorio que hoy ocupan Manizales y demás ciudades de Caldas es montaña espesa a donde sólo penetran los mineros en busca de riachuelos auríferos. Con el siglo XVIII se advierte una reacción en sentido contrario. La Colonia despierta. La selva andina se abre a la curiosidad del sabio europeo. Las universidades se animan al calor de inteligencias preclaras, a las cuales estimulan los sucesos de Europa, y más remotamente todavía, el ejemplo de las repúblicas antiguas. El criollo linajudo no se aviene con las desigualdades sociales que le plantea su condición de nativo de América, ante el aristócrata peninsular. Un vasto movimiento científico viene a parar en revolución política. Se levanta el cadalso. Corazones patriotas, urnas de fe, de elocuencia y de sabiduría, rotos contra los palos de la horca, como cántaros miserables, dejan escapar, sin embargo, un perfume de gracia que todavía satura las páginas del calendario patrio. Pero un hombre avanza sobre la pampa americana. Viene a empujar la historia universal, para abrirle sitio al pueblo que nació de su genio. Cómo se magnifica y esclarece la gloria de Bolívar, contemplada desde estas libres serranías! Y para que esa gloria resplandezca en altura apropiada a su grandeza, veo erguirse a lo lejos, presidiendo los destinos de esta raza, la montaña blanquísima, émula del Chimborazo diamantino, y desde la cual parece que se dilatan nuevamente las palabras del estupendo delirio.

Cuatro años han transcurrido desde la muerte del Libertador, cuando aparece por estos contornos, jamás hollados de planta humana, un labriego de Salamina. Desciende a las cañadas del Chinchiná y empieza a descuajar la selva. Construye una habitación provisional, siembra maíz, y espera a que reverdezca la labranza. Tiene, aproximadamente, cincuenta años. Su nombre, Fermín López. Sus ágiles piernas denuncian, por medio de tan varonil anatomía, el temple de su carácter, y la arrogancia de su estirpe. ¿Dónde lo sorprendieron las descargas de Boyacá? ¿Tuvo el sentido histórico de la propiedad, vinculado a su conciencia de americano libre? En todo caso, la campaña libertadora y la colonización iniciada por este hombre indomable, guardan sorprendentes semejanzas. Puede pensarse con fundamento que a la república un poco romántica y un poco abstracta que acaba de nacer, Fermín López se apresura a ofrecerle una base económica y un fundamento agrícola, con certera intuición de legislador romano. En esa compenetración de todos los grandes símbolos, la hoja del maíz, que aquí se desata al viento por primera vez, saluda los jirones de la bandera victoriosa en los recientes combates. Ambas simbolizan a la república. Sólo que el patriarca antioqueño adopta la política de la tierra, que se rige por cánones de invariable constancia, en tanto que los beneméritos fundadores de la nueva nacionalidad, ensayan con frecuencia una polí-

tica jurídica de adaptación y de reflejo, que conduce al país a lamentables sacudimientos. López se marcha de estos contornos cuando sabe que las tierras cultivadas por él pertenecen legalmente a otro dueño. Quiere terrenos que sean exclusivamente suyos. Posee la sicología exacta del colono, hecha de libertad y de querencia. Su figura de patricio montañés, que realizara en verso limpio el futuro cantor de las églogas colombianas, se borra entre las asperezas del paisaje caldense. Pero deja un rastrojo susurrante; una trocha labrada en la montaña, y tres piedras ennegrecidas que denuncian el antiguo fuego. Su perro y su gallo alegraron por primera vez estos campos. Y así comienza la epopeya de Manizales!

Se desgarran entonces de la montaña antioqueña grupos de trabajadores, de labriegos y de mineros que rodean el territorio de esta ciudad, buscando fuentes de trabajo. Es cierto que la provincia nativa les ofrece lo suficiente para vivir con holgura, y que una raza laboriosa, cristiana y arriesgada vive allá, gozando de una administración política admirable, de un régimen familiar perfecto, y de un sistema económico de vida pública y privada que permite la equitativa distribución de la riqueza entre todos, el incremento de la prole, y el tranquilo, aunque difícil cultivo de las heredades. La esclavitud misma no ha sido allá un oprobio, sino un sistema paternal que les ha dejado a los humildes siervos la facultad de cambiar de patrón, de adquirir un peculio propio, y de ir libertando, paulatinamente, la numerosa descendencia. Allá ha nacido don José Félix de Restrepo, amparo de los desheredados, y un mandatario, de recia estirpe vasca, ha organizado ejemplarmente la administración, cuando el desgüeño y el desconcierto reinan por todas partes. De manera que la Montaña les ofrece prosperidad y buen refugio; pero ellos son andariegos, por no sé qué fatalidad de su estirpe; codiciosos de libertad e independencia, por imperativos de su carácter; activos y creadores, porque su sangre limpia no conoce la dulce pereza ni el divagar imaginativo del mezquino. Descienden, pues, a este sur predestinado, y encuentran las huellas de Fermín López, circunstancia que los afirma en su propósito de arraigarse a la nueva tierra. La montaña es áspera y dilatada pero ofrece, como el mar, tesoros incalculables. Árboles de tronco descomunal se yerguen en filas apretadas, dando testimonio de edades remotísimas. Han visto nacer las constelaciones del cielo americano; sus raíces han crujido entre las rocas subterráneas, desplazadas por los grandes movimientos geológicos. Altos e inmovibles, anticipan la noche y detienen el amanecer, hasta que el huracán los abate para que asome la frente de la mañana. Millares de razas de pájaros han anidado en sus ramas, y ellos guardan puntual memoria de esos trinos, tan puros y tan bellos en la soledad inmemorial de esos sitios, como las primeras voces de la esperanza en el corazón humano, o como los cantos de la patria escuchados en la cautividad. Pero ahora tienen delante de sí a un ene-

migo desconocido. Ese enemigo lleva sobre el hombro un extraño instrumento:

¡Salve, hacha redentora, que prolongas el brazo del hombre haciendo que remate en ancho puño afilado, más resplandeciente que los bordes del agua, o que la sonrisa de un niño bárbaro! Si reposas, eres buena y pacífica como el arado; pero eres como el relámpago, si brotas del abismo de las fuerzas humanas, y trazas en el aire tu rueda vertiginosa. El árbol y el metal se unieron para darte vida, en sus dos formas más elementales, de donde resulta la profunda complejidad de tu energía creadora. Invención de la más simple mecánica, la desproporción de fuerzas que hay entre las partes de tu cuerpo establece el equilibrio en el alma que te maneja, porque le otorgas la seguridad y la alegría, los dos principios que hacen al hombre realmente soberano del universo. Destruyes para fecundar, atacas para conceder la victoria, hieres para salud de tu víctima, sepultas para hacer posible la resurrección, y golpeas para que resuenen todos los ecos del júbilo. En torno del hombre creas horizontes insospechados, y vas agregando porciones insondables de cielo a cada porción de tierra que conquistas.... Pero ahora vas a fundar una ciudad, que sirva de soporte a una raza, la cual, a su vez, se ofrezca como fundamento de una ciudad.

Y efectivamente, don Marcelino, don Manuel, don Joaquín Antonio, don Victoriano, don Nicolás, don Alejandro, don Vicente, don José María, que así se llaman estos hidalgos que ahora se encaran a la selva, comienzan a talar árboles cuya caída produce dilatado estruendo. Por cada brecha abierta se precipita un torrente de claridad. La montaña retrocede, y una hierba vivaz y nutricia alfombra el suelo descubierto. Dehesas y sementeras interrumpen ya la selva por distintos lugares de este empinado territorio; pero todavía el esfuerzo aislado de los colonos está lejos de concretarse en una empresa colectiva de mayor importancia. En ciertas ocasiones, para cambiar de trabajo, o para subvenir a las necesidades de la existencia, algunos de estos hombres trepan a los páramos, acompañados de bueyes, para cazar el ganado salvaje que allí existe. Las escenas que esto ocasiona son de una rusticidad patriarcal. Las reses vacunas, libres desde hace mucho tiempo, han vuelto al estado de animales feroces, por manera que es preciso matarlas como si fueran osos o jabalíes. Pero don Antonio Arango dispara su escopeta con instinto de cazador profesional. Cae la bestia, y aquellos patriarcas la descuartizan por sí propios, después de haber aderezado un fuego conveniente. También en la Iliada, Héctor, Aquiles, Agamenón, hunden las manos en la entraña de los toros sacrificados, atizan los leños humeantes, preparan la abundantísima cena, y antes de retirarse a sus tiendas, se lavan en el mar, con dignidad de semidioses caídos. Acá no tienen los montañeses la vecindad del océano; pero los cerca una niebla tenaz, deshecha a

veces por el viento que constantemente sopla. Nubes densas amurallan el estrecho horizonte. El silencio es maravilloso en aquellas cumbres. Mientras cenan, al amparo de una resistente enramada, grupos de venados se acercan a mirarlos. Son como los genios familiares del páramo. Los cazadores sienten un inmenso cariño por estos animales de ojos adolescentes, y dejan inactivas las escopetas. Entonces dialogan pausadamente: ¿Qué les reserva el porvenir? ¿Regresarán a los pueblos nativos, después de haber explotado aquellas regiones abundantes? ¿Sospecharán, acaso, que a la vuelta de algunos años el suelo que ahora pisan servirá de asiento a una ciudad admirable, y las regiones que desde allí columbran darán asilo a poderosos núcleos humanos, comunicados entre sí por sólidas y audaces carreteras? Pero si este sueño debió de parecer imposible a los patriarcas, los descendientes de los patriarcas lo están viendo realizado. Que encima del sepulcro de esos austeros viejos se amontonen todas las espigas que produce esta tierra de promisión para que llegue hasta la ceniza de los padres el calor de la abundancia en que ahora se regocijan los hijos!, mas la noche se acerca. Don Joaquín Arango saca el rosario. Le contestan don Marcelino, don Victoriano, don Andrés, don Nicolás, don Agapito, don Jenaro. Cuando la voz piadosa exclama: "Estrella de los mares", desgranando las letanias, contemplan todos cómo una estrella, que efectivamente desciende hacia los abismos del Pacífico, se ha detenido sobre sus cabezas para escuchar la santa invocación, en la primer noche del hombre sobre la montaña conquistada.

Algún tiempo después, y procediendo, según los dictámenes de la más espontánea heroicidad, aproximadamente unos veinte de estos trabajadores convienen en fundar una población. Luégo de rápidos tanteos, escogen esta vértebra terrestre, con instinto de gavilanes. Condiciones de clima y circunstancias de aprovechamiento económico les aconsejan dicho sitio; pero la totalidad del propósito no se puede explicar exclusivamente por el concurso de esas causas. Hay, además, entre la naturaleza y estos hombres, entablado un duelo a muerte. Es el eterno desafío entre la fatalidad cósmica y los libres designios del espíritu. La naturaleza opone su ceguedad bestial, su caótico determinismo; pero ellos van a superar tan gigantescas contradicciones en un esfuerzo titánico que coloque, sobre el capricho del abismo, la potencia creadora de la voluntad humana. Su decisión, entonces, empieza a trocarse en realidad. Nadie detiene ni desvía todo ese caudal de fuerzas aplicadas a luchar con lo que existe y con lo que no existe, es decir, con la mole y con el vacío, los dos elementos primordiales del Génesis. Derrocar una cúspide para que llene una sorda oquedad; invertir la geografía, trayendo el monte a la llanura, y elevando la llanura hasta convertirla en picacho; volcar sobre el valle cataratas de roca deshecha, hasta lograr la tendida planicie que ofrece ven-

tilación y solidez; convertir una blanda colina en grupo de rocas contrapuestas; sustituir a la curva de la vertiente la perpendicular del precipicio; en fin: alterar a voluntad, como si fuera movedido retablo, la configuración de todo un panorama físico, en medio de penalidades sin término, haciendo frente a las incontables asechanzas del medio, multiplicando la industria y el trabajo, sacando fuerzas de la propia agonía, recurriendo a todos los recursos heroicos de la paciencia, a la pertinacia silenciosa, a la plegaria interior, al indomable orgullo, tales son los orígenes ciclópeos de Manizales! Difícil es explicarse esta obra por la sola intervención de las fuerzas humanas. La fundación de esta ciudad es el desquite repentino de muchas fuerzas oscuras que habían permanecido inactivas, pero que de pronto se desatan en torno de un proyecto aparentemente quimérico, trayendo el aliento histórico de otros pueblos y de otras razas que no encontraron, por entonces, empresa digna de su genio creador; pero que ahora, a la vuelta de los siglos, construyen su propia epopeya buscando un escenario que por su virginidad prehistórica, dé cuenta proporcionada de la enormidad de la empresa.

Vosotros todos recordáis la historia de esta fundación, con sus más insignificantes pormenores. El conjunto constituye un cuadro sencillo y majestuoso, digno de la época patriarcal. Es cándido y pujante, como los grandes poemas, como las cascadas del trópico, como la nieve de los Andes. Las primeras autoridades locales evocan a los reyes pastores. Hay un juez poblador que traza las calles y las plazas, y reparte los solares. Simultáneamente, es el letrado de la cuadrilla hercúlea. Otro, de gran sentido práctico, y tan cierto en el consejo como el anciano homérico organiza el primer mercado público, e impulsa resueltamente toda iniciativa de bienestar social. Este, de ingenio siempre listo, administra justicia. Aquél, presidente del primer cabildo, y luchador infatigable, se mueve siempre en beneficio de los otros, a todos ayuda, y evangélicamente dirime lances y contiendas. El más venerable de estos patriarcas avanza hacia nosotros. Es el morador de "San Cancio". La plaza designada hoy con el nombre del Libertador es el teatro de su braveza. De igual modo, es el primero que piensa en comunicar la naciente población con los centros productores del valle del Magdalena. Uniéndose a varios de sus compañeros que suministran, unos, dinero, y otros, sus brazos, se acomete esta empresa fantástica, por sitios que vedan toda posibilidad de tránsito. Mas la selva, la roca, el pantano y los manglares, ceden nuevamente a la penetración del ariete humano. La población y los productos comerciales empiezan a moverse por aquel desfiladero de tigres que viene a entroncarse, mas tarde, con otros caminos no menos temerarios. La población queda convertida, de este modo, en centro afortunado de actividad económica. Merced a estas prósperas circunstancias, la afluencia de gente es copiosa, y el poblado, que apenas semejava en sus comienzos campamento

de leñadores o de mineros, comienza a buscar bases estables de afianzamiento material y de organización política. Las autoridades, que ejercen gratuitamente sus cargos establecen un gobierno de índole paternal, y tanto las costumbres como la actividad ciudadana son puras, exactas y honorables, según normas heredadas de la cepa racial, y transmitidas de generación en generación con religiosa fidelidad.

A ello contribuyen, en parte principal, las mujeres. Llegan a estos contornos con sus maridos. Son buenas, heroicas y hermosísimas. Dotadas de arrestos varoniles, que no menguan la dulzura de su índole, ni desvían su extraordinario sentido de la maternidad, ni atentan contra la mórbida condición de su belleza, no sólo atienden al orden doméstico, sino que participan de más duras y pesadas labores, con esa seguridad en el porvenir que sólo poseen quienes, como ellas, pueden prolongarlo indefinidamente como expresión de su propia existencia. Todo lo sufren y soportan con ecuanime mansedumbre. Sus trajes sencillos armonizan con el color de las frutas que colectan en huertos y sementeras, y cuadran honestamente a la arrogancia de sus cuerpos, modelados con sabiduría para los designios de la raza. Parecen las madres de aquellas doncellas que retrata Cervantes, un poco andariegas, es verdad, pero listas a defender su virtud hasta la muerte, en el retiro de las florestas por donde cruzan cortesanos desventurados en traje de zagales. La copiosa prole no disminuye su belleza, pero transforma su elegancia en reposada dignidad, que exalta todavía más los atributos de la inteligencia; y cuando la ancianidad sucede a la señorial madurez, aquellas mujeres, cuya sombra pesa sobre los muros de la casa, como la vid agobiada de sarmientos, se convierte en un símbolo progenitor tan grande como la tierra misma, que es depositaria de toda experiencia, y ancho regazo de bondad en que se mecen con idéntico ritmo las cunas y los sepulcros. Vosotros conocisteis a algunas de estas matronas cuya vejez se prolongó hasta las primeras décadas de este siglo. Su carne, al enjutarse, había puesto de relieve sobre sus rostros la expresión de la raza, destacando las líneas enérgicas que denotan autoridad, y los rasgos caídos en que se anuncia la indulgencia. Ni un sólo eclipse en el ancho imperio de su memoria. Ni un temblor en sus manos, que después de haber trabajado para el bien de incontables generaciones, reposaban ahora sobre las rodillas, como las armas sobre el muro, como el escudo sobre la yerba, como la pluma sobre el libro, como el pan sobre la mesa, como el cáliz sobre el altar. Al morir ellas, igual que habían fallecido en años anteriores sus compañeras de fundación, coronadas todas de bendiciones, rompióse el último lazo material con el pasado, pero no los vínculos espirituales que han seguido emparentando a las mujeres de esta tierra con aquellos ejemplares heroicos. Estos hogares fecundos, que ahora se recatan detrás de fachadas imponentes, y a los cuales aislan calles resonantes de mo-

(Pasa a la Página 65)



Grupo de periodistas manizaleños, que obsequió con una copa de champaña a los periodistas capitalinos, doctor Alberto Lleras Camargo y don Enrique Santos (Calibán), en su visita a Manizales con motivo de los festejos de inauguración de las carreteras. En el centro los doctores Lleras Camargo, Silvio Villegas y Enrique Santos. :: ::

Señor peandante: Atienda con oportunidad las señales que den los vehículos pidiendo vía libre: un toque largo, el vehículo sigue derecho; tres toques cortos, voltea a la izquierda; dos toques cortos, voltea a la derecha.-S. de M. P. :: :: :: :: ::



Ante la tumba de José Hortal, gran precursor de
la carretera al Magdalena, durante el homenaje
organizado por el Cuadro de Honor de la Sociedad
de Mejoras Públicas. 4 de agosto. :: ::

Ayude usted, si es buen ciudadano.
a respetar la arborización que ade-
lanta la S. de M. P. en la Avenida
Cervantes :: :: :: :: :: :: :: ::



Aspecto del homenaje rendido a José Hortal en "Letras". - La columna simbólica ostenta la siguiente leyenda: **A José Hortal. - Manizales agradece.** Este acto fue organizado por el Club Rotario. Aparecen en la foto doña Isabel Gómez v. de Hortal, sus hijos, y el doctor Julio Zuloaga, quien llevó la palabra. - 4 de agosto. :: :: :: ::

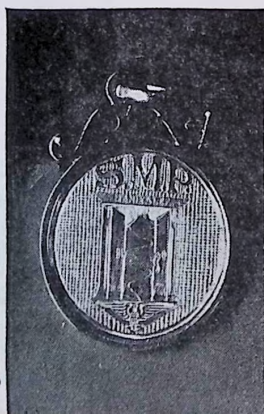
Revise usted los anuncios públicos de la ciudad y en caso de que encuentre algún error ortográfico, sírvase dar aviso a la S. de M. P. :: ::



Del festival de gala en el Olympia. - Saludo de congratulación entre Tomás Calderón y Jaime Robledo Uribe, después de que éste le colocó a Calderón la Medalla del Civismo. Al fondo se destaca un detalle del magnífico decorado del Maestro Gonzalo Quintero, que representa el paso de un carro por la cordillera rota. - Agosto 4. :: :: :: ::

La Medalla del Civismo.

- OBSEQUIO DE LA JOYERIA RIVAS -





Del gran Festival de Gala en el Olympia. - 4 de agosto. - El virtuoso del piano Armando Palacios, en una de sus interpretaciones. :: :: :: ::

Ayudar a los esfuerzos de la S. de
M. P. es contribuir en forma eficaz
al engrandecimiento de Manizates.



Del festival en el Olympia el 4 de agosto. - La famosa bailarina Erika Klein en su maravillosa interpretación "Bajo la Lluvia" de Strauss. :: ::

Ayudar a los esfuerzos de la S. de
M. P. es contribuir en forma eficaz
al engrandecimiento de Manizales.



Distinguido grupo de damas pereiranas, que realizaron con su presencia los actos de inauguración de las carreteras de Occidente y al Magdalena.

Contribuya usted al hermosteamiento
de la ciudad haciendo construir la
acera de su casa.-S. de M. P. :: :: .



Los doctores Alberto Lleras Camargo y Enrique Santos, quienes fueron huéspedes ilustres de la ciudad, durante los festejos de agosto. :: ::

Contribuya usted al hermoseamiento
de la ciudad haciendo construir la
acera de su casa.-S. de M. P. :: ::



Agosto 5. - Baile de gala en el Club Manizales. - El señor Gobernador, Dr. José Miguel Arango, de parte cordialmente con Enrique Santos (Calibán).

La carretera a los Termales del Ruiz
será un hecho dentro de poco tiem-
po. - S. de M. P. :: :: :: ::



Del Baile de Gala en el Club Manizales. - El doctor Alberto Lleras Camargo en animada charla con el doctor Gustavo Mejía Jaramillo y su esposa doña Valentina de Mejía Jaramillo. :: :: :: ::

Ayude usted, si es buen ciudadano a respetar la arborización que adelanta la S. de M. P. en la Avenida Cervantes :: :: :: :: :: :: :: ::



Un magnífico detalle de las maniobras realizadas por el Cuerpo de Bomberos de Manizales. - El acto se inició con un desfile en el cual participaron los Cuerpos de Bomberos de Pereira, Armenia y Santa Rosa. :: :: :: :: :: ::

El campo de aterrizaje debe quedar
construido en el presente año. Con-
tribuya usted a esta magna obra
S. de M. P. :: :: :: :: :: :: :: ::



Grupo de damas que integran el cuadro de basket-
ball "San Fernando" de Cali, que tuvo lucida ac-
tuación durante los eventos deportivos de agosto.
De izquierda a derecha: Marta González, Libia
González, Nelly Barbosa, Ester Lozano, Nubia Ga-
rrido, Deyanira Vidal y Elena Ospina. :: ::

Ayudar a los esfuerzos de la S. de
M. P. es contribuir en forma eficaz
al engrandecimiento de Manizales.



Grupo de basket-ball "Selección Manizales", que representó en forma brillante la ciudad de Manizales en los números deportivos de agosto. - De izquierda a derecha: Adielá Londoño, Fanny Gómez, Leonor Durán, Isabel Ocampo, Amparo Trujillo, Sylvia Ocampo, Lily Jaramillo y Lucía Arango, Capitana. Las partidas se desarrollaron así: Primera, Cali 6, Manizales 5. Final: Cali 7, Manizales 18.

El campo de aterrizaje debe quedar
construido en el presente año. Con-
tribuya usted a esta magna obra
S. de M. P. :: :: :: :: :: :: :: ::



Emocionante momento en el reñido encuentro entre los equipos femeninos de basket-ball "San Fernando" de Cali y "Selección Manizales". :: ::

Contribuya usted al hermoseamiento de la ciudad haciendo construir la acera de su casa.-S. de M. P. :: ::



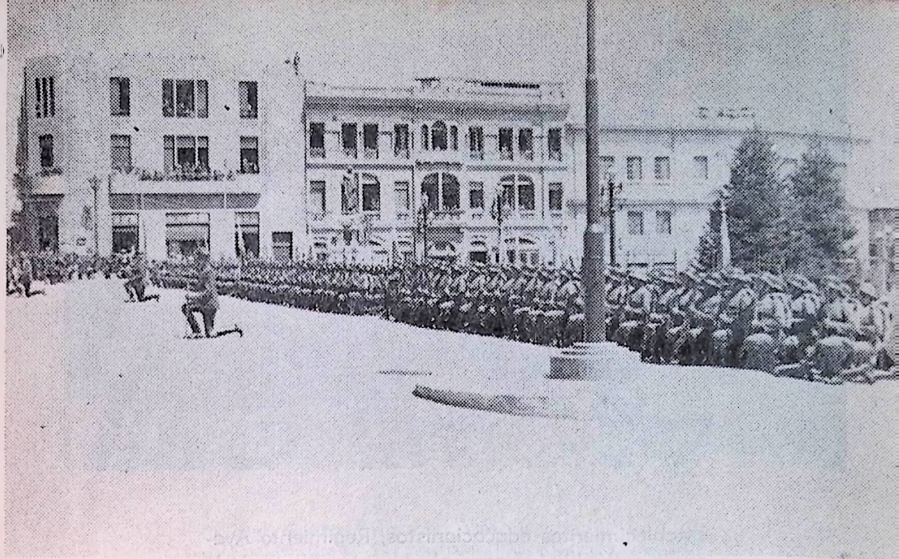
Equipo masculino de basket-ball "San Fernando", de Cali, que actuó contra el cuadro local "Selección", dándole el triunfo final a este último. ::

Revise usted los anuncios públicos de la ciudad y en caso de que encuentre algún error ortográfico, sírvase dar aviso a la S. de M. P. :: :



Aspecto de la Misa Campal, efectuada el 7 de
agosto en la Plaza de Bolívar. - Oficia el Rvdo.
Padre Francisco Londoño. ;; :: ::

Ayude usted a cuidar las flores del
Parque de Caldas. - S. de M. P. :: ::



El Regimiento Ayacucho, durante la solemne Misa
Campal en la Plaza de Bolívar. :: :: :: :

El campo de aterrizaje debe quedar
construido en 1939. Contribuya usted
a esta magna obra. - S. de M. P.



Establecimientos educacionistas, Regimiento Aya-
cucho y público en general, durante el acto de la
Misa Campal. :: :: :: :: :

Ayude usted con su cuota, pequeña
o grande, a la ornamentación del
Parque de Caldas.-S. de M. P. :: ::



El Regimiento Ayacucho, después de la Jura de Bandera, desfila ante el Pabellón Nal. - Agosto 7.

Ayudar a los esfuerzos de la S. de
M. P. es contribuir en forma eficaz
al engrandecimiento de Manizates.



Un aspecto del grandioso desfile, durante la Parada Militar organizada en forma brillante por el Mayor Ernesto Gutiérrez Quiñones. :: :: ::

Revise usted los anuncios públicos de la ciudad y en caso de que encuentre algún error ortográfico, sírvase dar aviso a la S. de M. P. :: ::



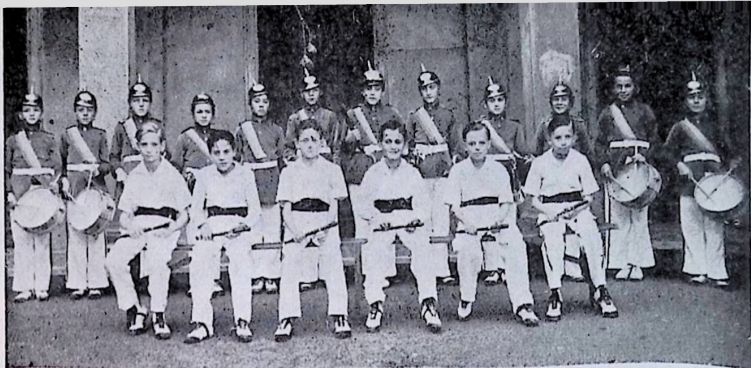
La Banda de Cornetas del Colegio de Santa Inés,
 en el desfile efectuado el 7 de agosto, como uno
 de los más destacados números de los festejos de
 inauguración de las carreteras de Occidente y al
 Magdalena. :: :: :: :: ::

Ayude usted, si es buen ciudadano.
 a respetar la arborización que ade-
 lanta la S. de M. P. en la Avenida
 Cervantes :: :: :: :: ::



El Colegio Oficial de varones de Pereira, durante el desfile efectuado el 7 de agosto, con motivo de la Parada Militar y Jura de Bandera. :: ::

La carretera a los Termales del Ruiz será un hecho dentro de poco tiempo. - S. de M. P. :: :: :: ::



La Banda Militar del Colegio de Cristo, que tuvo lucida actuación durante la parada del 7 de agosto.

Señor peandante: Atienda con oportunidad las señales que den los vehículos pidiendo vía libre: un toque largo, el vehículo sigue derecho; tres toques cortos, voltea a la izquierda; dos toques cortos, voltea a la derecha.-S. de M. P. :: :: :: :: :: ::



En el Hipódromo del Estadio. - Arriba: En el momento de la partida de los puros que tomaron participación en el "Clásico Ministerio de Guerra". Abajo: Los señores José y Eduardo Gómez Arrubla, propietarios del caballo "Hernán Cortés" ganador del "clásico". - Agosto 7. :: :: ::

Contribuya usted al hermosteamiento
de la ciudad haciendo construir la
acera de su casa.-S. de M. P. :: :: ::



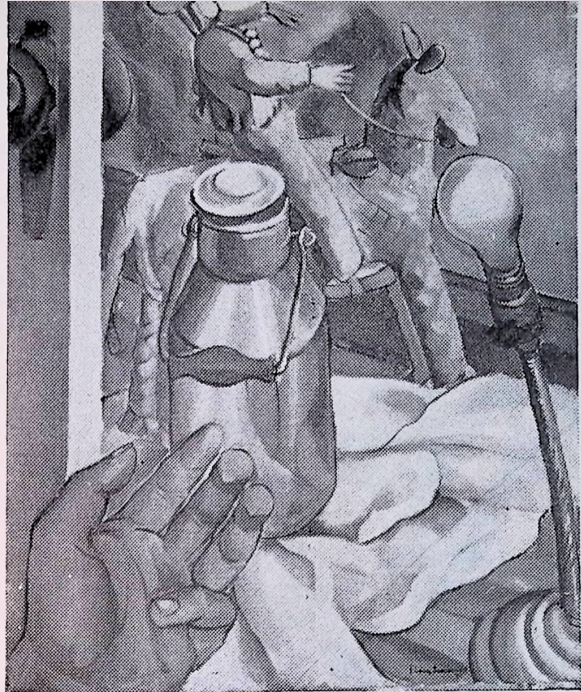
Fé. - De Hena Rodríguez.

EXPOSICION DE PINTURA, ORGANIZADA
POR EL MAESTRO GONZALO QUINTERO



Hacienda de don Luis Carlos Delgado. - Dulcey
Vergara. :: :: :: :: ::

Ayude usted con su cuota, pequeña
o grande, a la ornamentación del
Parque de Caldas.-S. de M. P. :: ::



Naturaleza Muerta. - De Gómez Jaramillo.

El campo de aterrizaje debe quedar
construido en 1939. Contribuya usted
a esta magna obra. - S. de M. P.



Maternidad. - De Gómez Jaramillo.

Revise usted los anuncios públicos
de la ciudad y en caso de que en-
cuentre algún error ortográfico, sir-
vase dar aviso a la S. de M. P. :: :



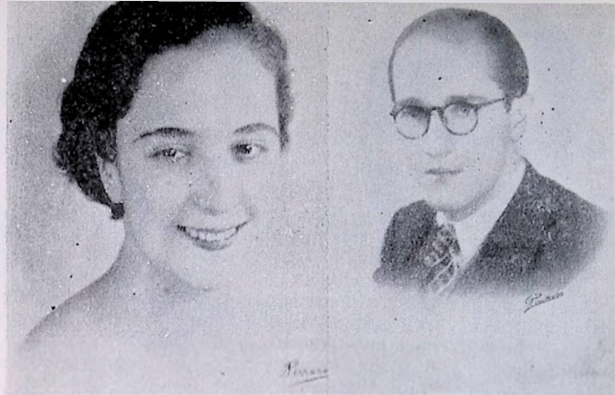
Busto de Julio Flórez. - Hena Rodríguez.

Ayude usted con su cuota, pequeña
o grande, a la ornamentación del
Parque de Caldas.-S. de M. P. :: ::



Retrato. - De Hena Rodríguez

Ayude usted a cuidar las flores del
Parque de Caldas. - S. de M. P. :: ::



Anita Mejía Gutiérrez—José Gutiérrez Arango.
 Agosto 25. :: :: :: :: ::

ENLACES MATRIMONIALES

Maruja Montoya—Fabio Villegas Robledo.
 Agosto 28. :: :: :: ::

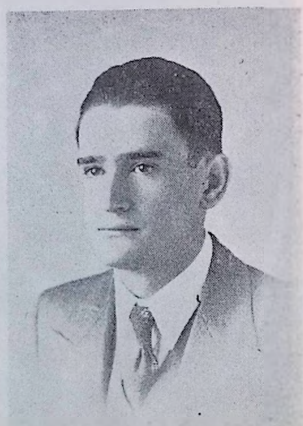




Lucía Jaramillo Echeverri—Elías Toro.
Septiembre 14. :: :: ::

ENLACES MATRIMONIALES

Cecilia Sanint Mejía—Tulio Jaramillo Restrepo.
Septiembre 8. :: :: :: ::



(Viene de la Página 32)

tores, conservan en su intimidad el orden, la limpieza, la cristiana alegría y el incansable laboreo de aquellas habitaciones desmanteladas, pero industriosas, que sirvieron de asilo a las primeras familias venidas a este territorio, y que hacían recordar las casas de los agricultores latinos que fundaron el imperio romano. Nada importa que a la planta silvestre haya sucedido la flor de lujo, y la piscina cimétrica a las fuentes naturales y el afeite postizo a los colores gratuitos que otorga la montaña. Debajo de esa exquisita y necesaria modernidad de que se revisten la vida social y el perfil femenino, permanecen intactos los ideales y ambición de una raza que se despoja, en cualquier momento, de engañadoras apariencias para ofrecerse en su realidad histórica de pueblo constructor, enfrente de las amenazas de la naturaleza o de la muerte. La prueba la habéis dado en solemnes ocasiones. No os quiero recordar horas trágicas sino por la próspera compensación que ellas os trajeron. Un día contempláis reducida a cenizas extensa parte de la ciudad. Acaban de aniquillarse riquezas cuantiosas, y las ruinas que se amontonan sobre el suelo no convidan al llanto sino a la desesperación. Extinguida la descomunal llamarada, el espíritu de los abuelos sopla sobre la ciudad en duelo. La reconstrucción se inicia entre el humo de los últimos escombros. Y he aquí, que en el caballero enguantado reaparece el antiguo descuajador de bosques, y en la dama pulida, la señora hacendosa y trabajadora de los orígenes; y no parece sino que los fundadores han reencarnado en nuevos sujetos, y que a la vuelta de medio siglo, la epopeya de la raza busca otra vez el mismo escenario y los mismos paladines para demostrar hata el exceso, en un fuerte cuadro de realidad colombiana, el poder del hombre, la rebeldía de la naturaleza y la mediación de los cielos.

Ahora, permitidme que recuerde a las humildes bestias que contribuyeron al progreso de esta región. No está fuera de lugar este cariñoso recuerdo. La piedad por los animales es una de las formas seráficas de la sensibilidad humana. No sé por qué la literatura occidental los ha relegado al olvido. En cambio, qué sitio tan preeminente ocupan en la imaginación de los pueblos orientales. Son los verdaderos protagonistas de esa literatura. En la fábula persa, en la novela árabe, en el poema sánscrito, se les ve actuar a par de los héroes, e intervenir activamente en el desarrollo de las acciones humanas. El hogar, la sepultura y el templo, tienen allá sus animales simbólicos. Y no olvidemos que también el cristianismo escoge a la paloma, a la mula y al buey, para la representación objetiva de sus más grandes misterios: la Trinidad y la Encarnación. Consideremos, pues, que con estos antecedentes y hallándonos en una hora de piedad, de recuerdo y de glorificación, es justo consignar el hecho siguiente: sin la mula, sin el buey y sin el perro, el progreso de estas regiones se hubiera retardado por mucho tiempo. Entre los tres pusieron la paciencia, el vigor y la fidelidad al servicio de

la audacia, la inteligencia y la industria. ¿Cómo atravesar el pantano sin el buey, vencer la empalizada o el desfiladero sin la mula, y abandonar el hogar sin dejar el perro a la puerta? Nuestra literatura es rica en páginas que describen estas escenas. El grabado perpetuó algunas de ellas, y en los hogares de esta región se guardó, por mucho tiempo, la tradición oral de aquellas espantables travesías. Generaciones venturosas las nuestras, para las cuales se abren los caminos del aire, del agua y de la tierra, no en metáfora, como para las divinidades antiguas, sino en lo que pudiéramos llamar la realidad física del prodigio! Pero en aquella época, cuán diferentes las cosas! Avanza el buey cargado, dueño de unos ojos de luminosa inocencia, pisando con el casco hendido en lodo de los pantanos, sin que lo tientes la sed ni el hambre. Es grande y tardo, como conviene a la selva enmarañada. Cuando sale de la espesura a la lumbre del cielo, humea todo su cuerpo, como la heredad removida por el rastrillo. En el crepúsculo, se inclina sobre la hierba. Por la noche se acuesta, y crece como un monumento, por encima del horizonte estrellado. La mula, por el contrario, es ágil y entallada. Ya en el romancero castellano cabalga, cubierta de gualdrapas de púrpura, bajo el peso de un Roldán o de un Gerineldo, de una Guiomar o de una Zoraida que van a duelos, a torneos o a bodas reales. Pero acá marcha soportando una carga abrumadora. La cuesta empedrada o el desfiladero resbaladizo son igualmente cómodos para la firmeza de su casco. La oreja enhiesta y la nariz dilatada intuyen, más que perciben, el peligro. Es inteligente y brava. Por cerca de cien años transportó sobre sus lomos la riqueza nacional. Justo es reconocer que la república se formó al lado de este animal resistente! Misión distinta le corresponde al noble y fidelísimo perro, en los comienzos de estas poblaciones. Casi siempre el colono no tiene más compañía que este animal. Instalado el hogar, el perro completa y prolonga el círculo de la familia, y hay en su impresionante fidelidad un toque profundamente humano de que carecen el amor y la amistad del mundo, y que sería preciso agregar a estos sentimientos, para hacerlos desinteresados en su origen, y eternos en su duración.

Por extraña casualidad, la fundación de Manizales se realiza exactamente al mediar el siglo XIX. Atrás, la figura solar de Bolívar en medio de los armados satélites que prolongan, por algunos años más, el resplandor de la gesta. Adelante, las convulsiones sociales de una etapa cruel y germinante en la cual el país busca su equilibrio, como las rocas volcánicas, por el desplazamiento repentino. Los grandes ideales de la emancipación, que se movieron dentro de un círculo histórico de amplitud universal, han sido más o menos realizados. El panorama, los hombres, las ideas, se reducen ahora a los términos nacionales. Dentro de esas fronteras rigurosas, surgen los caudillos, se ensayan los más opuestos sistemas políticos, estallan las revoluciones, se prohijan o desechan sangrienta-

mente ideas de admiración o creencias religiosas; y la nación, con su cultura espiritual que, aún incipiente, es superior a su bienestar económico, sufre naturalmente las alternativas y contrastes de ese movimiento perpetuo, que engendra media docena de revoluciones, las cuales son causa o efecto de otras tantas tentativas para organizar constitucionalmente la vida del país. Como fenómenos colaterales, llegan la ruina o la prosperidad alternativas de la riqueza; la estrecha tiranía o la amplísima libertad, que por sucederse casi simultáneamente, trastornan el equilibrio público; la autoridad, que emana transitoriamente de poderes constituidos, o de voluntades cesáreas que nada respetan; y finalmente el desequilibrio permanente que engendra la existencia de núcleos sociales que usufructúan riqueza y poder, y la de muchedumbres anónimas cuya vida o cuya muerte depende del capricho de una espada victoriosa. No deploramos tales sucesos. En el campo de la historia, como en el mundo de la energía física, todo es aprovechable. A la postre, lo que hoy es anarquía necesariamente se transforma en orden. Toda lucha de fuerzas viene a parar en equilibrio de masas. La cultura y el progreso no son, necesariamente, aves de tempestad. Si casualmente atraviesan el elemento agitado, acaban por buscar la seguridad ambiente. Pero algo ganan en la revuelta, por cuanto ensanchan los métodos defensivos y aguzan el instinto de conservación. El árbol de la vida sólo concede asilo a las palomas, cuando las serpientes han pretendido estrangular sus raíces. Convengamos, pues, en que esos largos años de revolución intestina nos adoctrinaron para la paz; aceptemos que la adopción de un estatuto jurídico que regulara nuestra vida civil fue consecuencia de tanto ensayo temerario; reconozcamos, finalmente, que el sentido de la dignidad ciudadana, del honor del hombre, de la primacía de la inteligencia, se fraguó entre el horror de los combates donde fue a ser triturada la juventud, y se arruinaron las incipientes bases de la cultura nacional. Fuerza es reconocer, asimismo, que la luz ocupó buen espacio en ese lienzo contrastado. Un intenso movimiento intelectual, que irradiaba sobre el continente desde la culta Bogotá, le dió a Colombia primacía efectiva entre los pueblos hispanoamericanos. Se honró el país con sujetos esclarecidos que ilustraron la poesía, la historia y las humanidades, al mismo tiempo que se dió comienzo a varias obras de progreso que fueron parte a mover la riqueza pública, y a romper el enconado aislamiento en que se encontraban las distintas secciones de la república.

Manizales vive su adolescencia en el transcurso de esos cincuenta años que corresponden a la segunda mitad del siglo diez y nueve. Las revoluciones retrasan su progreso y ciegan las fuentes de la inmigración. Escogida como cuartel general, en diferentes ocasiones, a causa de su posición estratégica participa en las escenas de la guerra civil, y de sus pacíficos mercados salen batallones de reclutas a engrosar los bandos de la barbarie fratricida. Guerri-

llos del Cauca y del Tolima, los más tenaces y aguerridos de este trópico perezoso, la designan como teatro de sus hazañas. La ciudad, resonante de patrullas y de toques de corneta, contempla el humo de los combates lejanos, o tiene que resistir heroicamente el fuego de los asaltantes. Un caudillo voluntarioso y temible, a quien le faltó un ideal de grandeza humana y un teatro apropiado a su genio, para haber sido uno de los grandes capitanes de su siglo, se estrella en estas calles, cuya topografía complementa eficazmente el valor de los defensores. Y es que en la escuela del trabajo, y en el ejercicio de las buenas costumbres se aquilata el patriotismo, que no viene a ser más que a expresión nacional de la honradez privada. Sólo de la tierra, santificada por el esfuerzo humano, puede surgir al alma de los pueblos —y Manizales así lo demostró en aquella ocasión— aquel sentido ordenado y tradicional de la existencia que, oponiéndose a los brotes de la anarquía victoriosa, conserva, acompasados, los ritmos simultáneos a que obedece el proceso de la vida universal; ritmos que inexorablemente se cumplen, en el orden físico, con el curso de las horas, la sucesión de las estaciones y el movimiento de los astros; en el histórico, con el turno de las culturas; y en el moral, con esa rotación incesante de las ideas de justicia, bien, verdad y belleza, que al hundirse en la lejanía de la conciencia traen la noche de la humanidad, así como vierten resplandores de aurora cuando vuelven a aparecer sobre los horizontes de la historia.

Al extinguirse esa centuria, cuyos extremos corresponden al primer movimiento de concentración nacional que nos dió unidad histórica, y a la guerra de los mil días, que estuvo a punto de romper para siempre esa sagrada unidad, Manizales se ofrece a la admiración del país como un centro urbano de singular importancia. Institutos docentes, bancos, templos, oficinas y múltiples centros de actividad económica, han cambiado totalmente su antigua fisonomía. La imprenta y los talleres industriales, la fragua sonora y la colmena de las escuelas, el molino y la trilladora, combinando sus voces, denuncian el pensamiento de un pueblo aplicado a crear riqueza pública, cultura social y abundancia doméstica. Entre el ruidoso conjunto de edificaciones, descuella una iglesia, una escuela y una imprenta, tres cédulas fundamentales en la organización de la ciudad. El sentimiento religioso que vivifica el espíritu de la cultura, la cual, a su vez, se apoya en el progreso para difundirse por todos los órdenes de la sociedad. O, dicho de otra manera, la verdad divina, el conocimiento humano y la invención técnica, que ilustran, respectivamente, el corazón, la inteligencia y la voluntad del pueblo, en estrecha cooperación de funciones, porque el trabajo dimana de la virtud, y la razón organiza aquel e ilumina el mundo moral, refiriéndolo a Dios. De esas tres fábricas, vuestra suntuosa catedral es aquella que trae más elevadas reflexiones al espíritu. Como las de la Edad Media, ésta de Manizales es obra

de la fe colectiva, creación del sentimiento religioso de todo un pueblo. Cada ladrillo es un voto de piedad, cada columna una plegaria, cada arco un gesto de adoración. Las vidrieras teológicas dejan caer haces de claridad sobre el pavimento, como si el Misterio y el Dogma quisieran abatirse hasta el suelo, para levantarse después arrastrando consigo el corazón de los hombres. Si la imponente fachada y las estatuas monumentales del atrio confirman la solidez de la institución católica, las palomas que anidan en las ojivas y gárgolas representan cuanto hay de leve, de canoro y de fragante en el Evangelio. El ave franciscana que canta en la mano de Santo Tomás. Delante de la soberbia fábrica, vuelve el recuerdo a la primera iglesia que, al año siguiente de la fundación, erige ya su techo pajizo sobre ese paisaje de violencia y candor. Cuatro paredes y una espadaña, de vigas descubiertas, todo con adorno de follajes silvestres; ¡pero qué efusión de piedad en torno de esos símbolos primitivos! veo aglomerarse las ofrendas de los labriegos sobre la mesa del altar, y una rústica cruz que emerge de entre aquella abundancia como el mástil de una barca colmada de frutos. Hé aquí que la primera campana llama a la primera misa. Las alondras del eco dejan caer sobre esta tierra los granos de la espiga sagrada, anunciando la prosperidad del porvenir. El trigo y la uva del sacrificio recuerdan que son hijos de la agricultura, y el campo se siente heredad de la Providencia. Y cómo se enaltecen estas ideas cuando, a la vuelta de los años, se escuche el tañido de las mismas campanas dilatando sus voces desde las torres que coronen la catedral de la ciudad. Aquella humilde esquila y estos solemnes bronce significan la unidad de la creencia; y la capilla pajiza de entonces y el monumento gótico de ahora, la fidelidad de un pueblo al mismo ideal religioso, que allá se realizan en su más profunda sencillez dogmática, y acá en su más brillante plenitud litúrgica.

Otro recuerdo, de gratisimas sugerencias, acude a la memoria cuando se contempla la agitación estudiantil de esta ciudad. Ese recuerdo nos traslada de nuevo a los años de la fundación. Entre las casas improvisadas se levanta una que ofrece distinta realidad porque a ella acuden niños y viejos, hurtando tiempo a sus necesidades. Adentro, va y viene la figura de un hombre que fue maestro casi desde la niñez, y que más tarde ocupará un banco, como diputado, en la cámara legislativa de Antioquia, después de haber sido alcalde y juez del populoso caserío. Ahora enseña a los primeros moradores "cómo el hombre se hace inmortal", para emplear la expresión dantesca. Es benigno y sabio. Conoce la naturaleza de los números. Refiere acontecimientos de la historia universal deduciendo enseñanzas útiles que aplica a la rudimentaria sociedad en que vive. En ocasiones canta, o toca la guitarra, porque también enseña música. A veces sale al campo y avanza hasta la montaña, con su estudiantil cortejo. Arranca una flor: la examina. Aprisiona un insecto: lo estudia. Habla sobre la formación de las nubes, so-

bre las nieves, que allá lejos ofrecen su cándida transparencia. sobre el origen del viento que comienza a soplar con delicado susurro. No se cansa de enseñar este excelente pedagogo, y lo hace no solamente en la escuela, sino en su casa y en la calle. Posée la evidencia de que su labor allí, en la rústica sala toda inundada de sol, es tan eficaz como la que afuera desarrollan los agricultores y los comerciantes. Aún más: sabe que en la historia de su pueblo, cuya evolución en el tiempo contempla con mente profética, su enseñanza de ahora tendrá desarrollo sorprendente porque ha de transmitir, de una inteligencia a otra, y de generación en generación, los estímulos del saber, las alegrías del arte, los beneficios de la cultura. Por eso sonríe el buen patricio delante de la montaña, delante de la plaza, delante de las colinas y hondonadas, todo lo cual ha de rendirse a la gracia de la arquitectura, a la molice de los parques, a la simetría de los estadios olímpicos, o al tajo envolvente de las carreteras. Animemos, al soplo de la gratitud, la sombra de este primer maestro de Manizales, precursor de esa gloriosa serie de institutores que tuvo como representante contemporáneo al benemérito varón a quien ungisteis hace algunos años, preparándolo para el sepulcro. Animemos, repito, la sombra de ese primitivo benefactor de la cultura, y hagamos que penetre en las universidades y colegios de hoy; que tome asiento en las academias y asambleas; que discuta con escritores, periodistas y poetas de la ciudad; que alterne con sus estadistas y políticos; que participe del movimiento de plazas y de calles. Lo sorprenderán, sin duda, las varias novedades de la cultura, los muchos aspectos del progreso, las ingeniosas invenciones de la moda, los oportunos recursos del comercio, los llamativos caprichos del lujo, las inútiles apariencias de la vanidad; pero también llegará al convencimiento de que las lecciones de dignidad humana predicada por él hace cerca de un siglo, informan todavía la conciencia del pueblo a quien enseñó a leer en sus orígenes. Que esas enseñanzas no han sido adulteradas ni desviadas de su cauce tradicional por la necia preponderancia de las nuevas teorías. Que su flor, su episodio histórico, y su tabla de sumar, han redundado en amor del arte, cultivo de la ciencia, afición a las especulaciones más desinteresadas de la mente. Que aquel atento y pintoresco círculo de sus primeros oyentes se dilató hasta llegar a convertirse en las actuales juventudes caldenses, acaso las más interesantes con que cuenta la república. Que los hombres de hoy, dueños de este riquísimo territorio, se descubren todavía ante la majestad de ciertos conceptos: —Dios, Patria, Tierra, Hogar, Trabajo— como se arrodillaban los niños de su rústica escuela cuando esas mismas palabras resonaban en el seno de una naturaleza virgen, ante la nieve eterna y las montañas perdurables, que de todo eso otorgan adustos y silencioso testimonio.

Habéis creado, hijos de Manizales, una ciudad amable, próspera y hospitalaria, que es hija de vuestra acción y de vuestro ensueño.

La habéis dado la roca para sustento de los pies, y para decoro de la cabeza, un casco de diamante. Soplan sobre sus hombros brisas tónicas y ligeras, que la envuelven en una atmósfera vital propicia a la carrera olímpica, a las victorias aéreas, a los simulacros de la fuerza. La esclarecen, por igual los dones de la naturaleza y los de espíritu, repartidos como la luz y la sombra, por la amplitud de su pecho valiente, y por la tersura de su frente elevada. Lleva en una mano el hierro, y en la otra la llama. El hierro es su firmeza, la llama es su aspiración. Cuando junta estos dos elementos sobre su regazo maternal e incombustible, realiza sus grandes obras de progreso. Sonríe sobre jardines como la virgen de la primavera. Se decora de fuentes y guirnaldas, como la imagen del amor inolvidable. Se viste de caminos, como el recuerdo; y sólo se inclina sobre la flor de su propio corazón, para embriagarse de sí misma, como la noche. ¡Oh deleitosa ciudad!, que has sido al mismo tiempo la flor que se roba al sepulcro, la perla que se sustrae del abismo, y la espada que se le arrebató al fuego. Te inclinas hacia el oriente, y la nieve refresca tus sienes. Avanzas hacia el lado contrario, y el fuego del valle inflama tus mejillas. Por la mañana, aspiras al cándido velo de tus nevados; por la tarde, al traje de púrpura de tus ocasos. Eres toda ondulante, toda libre, toda rota, como la música más íntima, como los versos más valientes, como la campana más golpeada. De pronto, el filo del horizonte próximo te guillotina como a una reina; pero, unos pasos más adelante, en perspectiva insospechada, comienza a levantarse tu cabeza coronada de torres. Aquí gritas, como gitana herida, arrollada en tu traje de voces multicoloras. Te tiendes, allá, entre el alegre ruedo de tu falda, como vendedora de flores; y más lejos te empinas, en escolzo inverosímil, como la imagen de un alma que sólo aspira a su corona de estrellas.

Quien a ti se acerca siente, por anticipado, el hálito de su grandeza, y purifica su espíritu para recibir tu imagen, porque hay en tí candor de cosa nueva, potencia y fragilidad de ser inocente. Tienes el misterio de un Hércules joven o de un Centauro niño, que permiten a las abejas anidar en su cabellera, pero que, en cambio, desgajan de un golpe ramas centenarias para fabricar arcos. También eres como la aurora, doncella de manos sonrosadas, pero con fuerza suficiente para mover la piedra de la noche. Uno de tus pies descansa en la cuna de granito dispuesta para tu nacimiento; el otro se apoya en la roca de los siglos. Tu ayer es una rosa que no se ha marchitado. Tu mañana, una corona que el tiempo forja, con flores de luz sobre el arco de hierro de tu destino. Cuajada en tu boca está todavía la primera palabra que pronunciaste; pero ya de tu pecho manan dictámenes de eterna sabiduría. Esta mezcla de gracia y de madurez, de gravedad y de puericia, te otorga distintivos y apariencias que sólo a tí convienen. Tienes la inquieta precocidad de un príncipe adolescente que abandona la pluma con que

acaba de trazar floridas galanterías, para redactar cláusulas de sazónada experiencia, según el espíritu de los más crujientes códigos. Obligada a llevar, sobre las sienes infantiles, el casco guerrero de los añosos capitanes, lo depositas, a veces, en el suelo para que sirva de nido a las alondras. Así te he visto, oh ciudad gallardísima! al acercarme a tu rostro. Así te imaginé, cuando te amaba desde lejos, a través de mi sangre, como se ama la propia vida en las cosas que transfiguramos con nuestro deseo, o confundimos con nuestra exaltación. Por más que el ensueño te vista o ilumine, no desengaña tu realidad, porque la poesía de la acción te dejó colmada de dones concretos y de legendarias prerrogativas que en vano trata de superar la fantasía soñadora. Otras ciudades se engalanan con preseas históricas. A tí te hicieron hermosa la naturaleza y la vida, las dos fuentes eternas de todo bien y de toda belleza. No obstante los frutos que has entregado a la vida, es tanta tu fortaleza que parece todavía prodigio sin desflorar, milagro que está intacto, posibilidad inmaculada y misteriosa reserva dentro de la cual caben todos los alumbramientos.

Porque, si es grande el pasado de vuestra ciudad, hijos de Manizales, su futuro de grandeza no puede calcularse. El patriotismo imagina, para el porvenir, una nación grande, rica, fuerte y amable: purificada de discordias, limpia de estrechos sectarismos, y labrada para ventura temporal y reposo definitivo del colombiano. La justicia, el orden y la paz, áureos eslabones de la cadena del progreso, reinarán sin temor en aquellos días de plenitud. El país tendrá conciencia de su poderío, la raza de sus capacidades, el pueblo de su cultura y el ciudadano de su dignidad. Un alto y eficaz orgullo nacional sabrá defender la riqueza pública, multiplicará los frutos de la actividad privada, estimulará todo esfuerzo, hará retributivo todo trabajo y posible el más amplio ejercicio de la virtud y de la inteligencia. El incremento del progreso, la amistad de la república con los pueblos cultos de la tierra, su desarrollo intelectual, su prosperidad económica, todo eso habrá contribuido a la evolución del carácter nacional hacia formas más altas y universales de existencia. Nada de esto significa negación del progreso actual del país, ni desconocimiento de las buenas condiciones de vida que nos rodean, habida consideración del lamentable estado en que se encuentran casi todas las naciones del orbe. Pero la insatisfacción del presente, y el desconocimiento del bien que se posee, forman parte de esas misteriosas fuerzas del corazón humano, que nadie explica, a menos que se apele a esa condición de eterno desterrado que padece el hombre. En estas circunstancias, mejor es situar en el porvenir, que no en el pasado, la edad de oro de los pueblos. Imaginemos, pues, que la nación ha alcanzado término tan venturoso. ¿Qué sitio ocupará entonces esta ciudad? Será, sin duda, una urbe poderosa de proyección continental, donde se verá reflejada la vida de la república con los rasgos más salientes y distintivos del carác-

ter nacional. A la decadencia o muerte de algunas ciudades del país, o la falsificación espiritual de otras, por la constante contribución de elementos extraños, Manizales opondrá su fisonomía auténticamente colombiana. Ya para entonces el tipo nacional se habrá definido, con especificaciones singulares, dentro de la comunidad americana. Habrá seguido, a ello, la creación de una cultura legítima que haya concretado, en algún rasgo del saber o de la inteligencia, la dispersa ambición de totalidad que aqueja al espíritu de la raza. A esta ciudad se atribuirá, entonces, cuantiosa parte en las iniciativas que hayan conducido a esa transformación. Ella habrá conservado su identidad espiritual y demás cualidades de mentalidad y de sangre que, depuradas por una larga experiencia, explicarán históricamente, a los ojos del futuro historiador, la vida de ese pueblo que entrevemos y de esa cultura que soñamos.

Mas, ¿a qué imaginar glorias de que no hemos de ser testigos, si el espectáculo del presente basta a conformarnos? ¿Qué pueden valer grandezas inciertas de un futuro que no se abrirá para nosotros, si la realidad actual de esta ciudad aprisiona nuestra voluntad, y seduce nuestra fantasía? Bien podemos creer que fue educada y embellecida para que llegara a este punto en que roba toda nuestra admiración y cariño, sin pensar que mañana, aún más hermosa, puede inclinarse sobre el amor de otros hombres a quienes ofrezca su dorada plenitud! Amémosla así, en el momento en que nos fue dado contemplarla: así fresca, así gallarda, así juvenil, con su corona de rosas, con su cinturón de oro, con sus sandalias de terciopelo, dejemos que sonría, como una victoria adolescente, con sus rocas de cristal en el fondo, con su valle de esmeralda a los pies, en tanto que nos alarga una rama del arbusto que simboliza su poderío y su riqueza. Arbusto milagroso en que se suman el mirto y el laurel, en el magnífico contraste de la hoja verde y del fruto de púrpura.

RAFAEL MAYA

Manizales tiene derecho a un campo
de aterrizaje. Este anhelo debe vivir
latente en todos los manizaleños
S. de M. P. :: :: :: :: :: :: :: :: ::

INAUGURACION DE LAS CARRETERAS

PROPOSICIONES DE AGRADECIMIENTO APROBADAS POR
LA SOCIEDAD DE MEJORAS PUBLICAS EN SU SESION
ORDINARIA DEL 10 DE AGOSTO.

"La Sociedad de Mejoras Públicas sienta en el acta de hoy su voto de aplauso a su Secretario, don Roberto Londoño Villagas, a cuya activa e inteligente labor le atribuye en buena parte el éxito de las fiestas recientemente pasadas. Dése profusa publicidad a la presente proposición."

"La Sociedad de Mejoras Públicas hace público su reconocimiento por la manera eficaz como las diversas entidades oficiales y particulares, contribuyeron a darles realce a los festejos que acaban de celebrarse en la ciudad, destacándose la diligente labor de la Junta Central de Festejos y con especialidad de su Presidente, doctor Francisco José Ocampo, quien puso todo su interés e inteligencia al servicio de la ciudad; la colaboración valiosa de las distinguidas damas doña Luisa Robledo de Gómez, doña María Cuervo de Luchau y doña Mercedes Sáenz de Uribe, a cuyo cargo estuvo la organización de la Fiesta Típica; la eficaz labor de propaganda realizada por la prensa de la ciudad; el homenaje del Club Rotario a la memoria de Hortal; las Fiestas Sociales ofrecidas por el Club Manizales; la presentación magnífica de la revista que organizó el Mayor Ernesto Gutiérrez con suma actividad y gran

S.

M.

P.

desinterés patriótico; la ayuda eficiente del Cuerpo de Bomberos de la ciudad, del Ejército acantonado en la misma y del Cuerpo de Policía; la organización excelente dada por el Maestro Quintero a la Exposición de Pintura y Escultura, todos los cuales contribuyeron a que las festividades se desarrollaran dentro del mayor orden y corrección, poniendo muy en alto el nombre de la ciudad."

"La S. de M. P. se complace en reconocer la eficaz colaboración que para el mayor éxito de los festejos prestaron los equipos de basket-ball femenino y masculino y los felicita por los brillantes triunfos obtenidos, que deben servirles de estímulo para continuar laborando en pro del deporte de la ciudad, y expresa sus agradecimientos a la Comisión de Deportes de la Institución por la activa labor desarrollada en la organización de los números deportivos realizados durante los festejos."

"La S. de M. P. agradece al doctor Jaime Robledo Uribe la especial colaboración que se sirvió prestar en la ceremonia de la adjudicación de la Medalla del Civismo, con su discurso que será página perdurable en las letras caldenses."

"La S. de M. P. envía su saludo especial de agradecimiento a los Cuerpos de Bomberos de Armenia, Pereira y Santa Rosa de C. y a las bandas de música de las dos primeras ciudades mentadas, por la manera brillante como contribuyeron a darles un mayor realce a los festejos que acaban de celebrarse en la ciudad y en los cuales se puso de presente el gran espíritu de solidaridad departamental."

COMUNICACIONES RELACIONADAS CON LA FIESTA CIVICA DE MANIZALES

Del señor Presidente de la República.

"Presidencia República.—Bogotá, julio 22 de 1939.

Gustavo Larrea, Presidente Sociedad Mejoras.—Francisco José Ocampo, Presidente Comité Festejos.—Manizales.—Agradezco vivamente a ustedes la amabilísima invitación que me hacen para ir a Manizales con motivo de la inauguración de las carreteras del Magdalena y de Occidente. Desafortunadamente para mí el compromiso adquirido hace ya varios días con el Gobernador de Boyacá para concurrir a las fiestas oficiales con que la nación se asocia a la celebración del cuarto centenario de la fundación de Tunja me lo impide. En otras circunstancias crean ustedes que me habría sido especialmente grato poder aceptar invitación tan gentil, como la que ustedes me formulan.

Compatriota y amigo,

Eduardo Santos."

Del Ministro de Obras Públicas.

"Miniobras Públicas.—Bogotá, julio 22 de 1939.

Doctor Francisco José Ocampo.—Manizales.

Nº 7138.—Correspondo agradecido gentil telegrama en que invítame inauguración carreteras Magdalena, Occidente, que despacho a mi cargo considera de gran importancia nacional y a cuya realización ha prestado este Ministerio el mayor

S. M. P. _____

interés.—Espero conocer fecha precisa dicho acto, que confío no coincidirá con inauguración carretera Capitanejo-Cocuy fijada para ocho (8) de agosto, como parte festejos centenario Tunja.—Ruégole aceptar y transmitir a la Sociedad de Mejoras y a la Junta de Festejos mis cumplidos agradecimientos.

Cordial saludo.—Servidor,

Abel Cruz Santos."

Del Ministro de Educación Nacional.

"Minieducación Nacional.—Bogotá, julio 22.—Nº 436.

Doctor Francisco José Ocampo.—Manizales.

Agradezco profundamente Sociedad Mejoras, Comité Central Festejos inauguración carreteras Magdalena y Occidente y a usted personalmente, gentilísima invitación asistir primeros días agosto actos prepáranse con tan señalado motivo que marca un nuevo rumbo y un paso afirmativo en el progreso ascendente de ese departamento y de la señorial ciudad de Manizales.—Trataré con mucho gusto de obviar toda dificultad a fin de asistir a tan significativos festejos.

Cordial saludo,

Alfonso Araújo."

Del Contralor General de la República.

"Contraloría.—Bogotá, julio 21.

Francisco José Ocampo.—Manizales.

Nº 6483. Si urgencias oficiales lo permiten, me será grátísimo atender gentilísima invitación de la Sociedad de Mejoras y del Comité de Festejos, a quienes ruego presentar mis sinceros agradecimientos.

Amigo,

Gonzalo Restrepo
Contralor General"

"Contraloría.—Bogotá, julio 21

Guillermo Hoyos Robledo.—Manizales.

Nº 6492. Hoy recibí gentilísimo telegrama de Francisco José Ocampo en nombre Sociedad Mejoras, Junta Festejos. Te ruego presentarles agradecimientos cordiales.

Gonzalo Restrepo
Contralor General"

Del doctor Enrique Santos.

"Bogotá, julio 22.

Francisco José Ocampo.—Manizales.

Mil gracias gentil invitación. Haré lo posible por concurrir.

Cordial saludo.

Enrique Santos."

Del Ministro de la Economía Nacional.

"Ministerio de Economía.—Bogotá, julio 25 de 1939.

Francisco José Ocampo, Sociedad Mejoras Públicas.

Manizales.

Gratisimo sería atender obligante invitación asistir festejos con que Manizales celebrará inauguración carreteras Magdalena, Occidente, tanto para asociarme cordialmente alegría justa de progresista capital caldense, como por tratarse obras trascendentales en cuya iniciación puse todo mi empeño cuando disfruté honor indeleble gobernar ese próspero departamento. Si deberes oficiales permitenlo concurriré a acompañarlos en hora triunfo como estuve con ustedes en momento de lucha y esperanzas.

Agradecido. Servidor y amigo,

Jorge Gartner."

Del doctor Arturo Robledo.

"Minitrabajo.—Bogotá, agosto 2º de 1939.

Sociedad Mejoras Públicas.—Manizales.

11671. Ruégoles aceptar mis cordiales manifestaciones de agradecimiento por la gentilísima invitación que esa Institución háceme para asistir a festejos que celébranse con ocasión de inauguración carreteras Occidente, Magdalena, que representa para Manizales una etapa de progreso y un factor de seguridad en su porvenir que enorgullece a todos sus hijos. Concurriré gustosamente fines presente semana compartir con mis paisanos merecido júbilo. Compláceme aprovechar oportunidad para manifestarles que he conseguido de Ministro Obras Públicas apropiación suficiente para mejorar trayecto Fresno-Mariquita en forma conveniente y plena asegurar tránsito para terminar carretera definitiva.

Servidor y amigo,

Arturo Robledo, Srio."

Del doctor Carlos Uribe Echeverri.

"Bogotá, agosto 3 de 1939.

Francisco José Ocampo.—Manizales.

Deploro circunstancias usted conoce impídanme ausentarme ahora. Con espíritu acompañarelos visitarelos pronto admirar cerca extraordinarios progresos Caldas.

Salúdoslos cordialmente,

Uribe Echeverri."

De Mario Camargo, Agente Fiscal de Caldas.

"Bogotá, agosto 5 de 1939.

Sociedad Mejoras, Cámara Comercio, Rotario. -Manizales.

Doloroso luto obligame renunciar ilusión acariciada durante muchos años de celebrar personalmente feliz realidad ver a

Manizales definitivamente renacida de ruinas causadas por incendios y generosos errores en desarrollo vías de comunicación. Enorgulléceme haber formado con grupo manizaleños valerosos cuya visión, fe absoluta salvaron ciudad que confronta magnífico porvenir. Brindo con ustedes acompañándolos en espíritu como manizaleño fiel irrevocable.

Abrázolos sinceramente,

Mario Camargo."

De la S. de M. P. de Barranquilla.

"Barranquilla, agosto 10 de 1939.

Sociedad Mejoras Públicas.—Manizales.

Congratulámonos con ustedes magnífico éxito carretera al Magdalena, obra débese gran parte espíritu progresista tesonera esa Sociedad.

Cordial saludo,

Mejoras, Galofre, Presidente."

De la Cámara de Comercio de Honda.

"Honda, 5 de agosto de 1939.

Sociedad Mejoras, Cámara Comercio.—Manizales.

Complacidos asociámonos al júbilo de esa ilustre ciudad que ve realizadas las aspiraciones por las cuales lucharon ustedes largamente.

Cordial saludo,

Cámara Comercio, Germán Merino
Vice-presidente.

Del Gobernador del Tolima.

"Ibagué, julio 5 de 1939.

Señor don Roberto Londoño Villegas, Sociedad de Mejoras Públicas de Manizales.

Tengo el gusto de contestar su amable comunicación número 865 de 28 de junio último, para agradecerle la transcripción de la proposición aprobada por esa Sociedad, y en la cual se invita muy gentilmente al Gobernador del Tolima a los festejos que tendrán lugar en el mes de agosto próximo, con motivo de la inauguración de la carretera al río Magdalena, sección Manizales-Fresno. Le ruego expresar a cada uno de los honorables miembros de la Sociedad de Mejoras Públicas de esa capital los sentimientos de mi congratulación por tan importante acontecimiento, y mis agradecimientos por su honrosa invitación.

Muy atento y seguro servidor,

Mariano Melendro S., Gobernador

De la S. de M. P. de Medellín.

"Medellín, julio 26 de 1939.

Señor Presidente de la Sociedad de Mejoras Públicas.
Manizales.

La Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín ha sido favorecida con su atenta tarjeta, por la cual la Corporación que usted con acierto preside se sirve invitarla a los festejos que se celebrarán en esa ciudad durante los días 4, 5, 6 y 7 de agosto próximo, con motivo de la inauguración de las carreteras de Occidente y al Magdalena.

Al agradecer vivamente a la S. de M. P. de Manizales la gentileza que ha tenido para con nuestra Institución, me es grato felicitarla muy sinceramente por las grandes obras que habrán de inaugurarse, y que tanto beneficio habrán de procurar al hermano departamento, y me es grato significarle que esta

Sociedad acepta la invitación y se hará representar en dichos festejos por su socio don Carlos Llano, que reside en esa ciudad.

Con sentimientos de muy distinguida consideración y aprecio, me es grato suscribirme del señor Presidente muy atento y seguro servidor,

Gregorio Pérez, Vicepresidente".

De la Junta de Ornato y Mejoras Públicas de Cali.

"Número 161.— Cali, 28 de julio de 1939.

Señor Presidente de la Sociedad de Mejoras Públicas.
Manizales.

Me es honroso comunicarle que esta entidad en su sesión de ayer, aprobó la siguiente moción: "La Junta de Ornato y Mejoras Públicas de Cali, agradece altamente el honor de la invitación que le hace la Sociedad de Mejoras Públicas de Manizales para concurrir a los festejos con que, en los días 4, 5, 6 y 7 de agosto próximo, celebrará la inauguración de las carreteras de Occidente y al Magdalena; y que se complace en las labores de todo orden que significan esas dos obras en las que la capital de Caldas puso el tesón propio de su gente."

Del Ministro de Economía Nacional.

"Mineconomía Nacional.—Bogotá, agosto 5 de 1939.

Gobernador, Sociedad Mejoras.—Manizales.

Número 4296. Especialmente he lamentado imposibilidad concurrir a festejos celebra hoy pueblo caldense con motivo inauguración oficial carreteras Magdalena y Occidente pero deseo asociarme en forma cordial a justo júbilo gobierno, departamento e ilustre capital por feliz realización trascendentes obras progreso que a la vez son fuerte estímulo a la energía indeclinable de la raza.

Servidor,

Jorge Gartner."

Del Maestro Guillermo Valencia.

"Popayán, agosto 6.

Honorable Concejo, Sociedad Mejoras.—Manizales.

Asóciome de corazón al regocijo caldense que ve coronadas hoy aspiraciones de paciente espera e incancelable trascendencia. Unido a ese pueblo por mi admiración y afecto, asisto regocijado a la rítmica marcha de su victoria honrada y jubilo-sa que es otra más en una serie interminable.

Muy rendidamente,

Guillermo Valencia"

Del Alcalde de Pereira.

"Pereira, agosto 4 de 1939.

Sociedad Mejoras, Club Manizales.—Manizales.

La fiesta manizaleña prende una lumbre de alegría en el corazón de quienes creemos que el engrandecimiento de una ciudad es el engrandecimiento de la patria. Yo formo espiritualmente en el coro de quienes hoy cantan y bailan los progresos de esa ciudad portentosa.

Néstor Gaviria Jaramillo."

Del Gobernador de Antioquia.

"Oficial.—Gobernación.—Medellín, agosto 4 de 1939.

Sociedad Mejoras, Comité Central Festejos.—Manizales.

Acabo enterarme su amable invitación telegráfica a festividades esa ciudad motivo inauguración carreteras Magdalena, Occidente. Al agradecerles cordialmente atención, ruegoles excusarme de asistir, debido a lo angustioso del tiempo y al recargo de ocupaciones que tengo por mi reciente posesión. Aprovecho oportunidad para enviar por su conducto en nombre

del pueblo antioqueño un saludo cordial a ese departamento hermano. Al felicitar a Caldas por la inauguración de esas importantes obras de progreso, hago votos fervientes porque ellas sirvan para hacer cada día más estrechos los lazos de confraternidad que unen a estos dos departamentos.

Atento saludo,

Aurelio Mejía, Gobernador."

Del doctor Emilio Robledo.

"Medellín, agosto 5 de 1939.

Mejoras Públicas.—Manizales.

Asóciome cordialmente a regocijos con que Manizales festeja inauguración vías carretiles que reafirmanle rectoría definitiva ese Departamento.

Errobledo."

De la S. de M. P. de Santa Rosa de C.

en lujoso pergamino.

"La S. de M. P. de Santa Rosa de C. a la S. de M. P. de Manizales, felicita efusivamente por la culminación gloriosa del épico esfuerzo realizado por la noble ciudad de Manizales, enlazada hoy por sus vías carretables del Magdalena y Occidente al corazón mismo de la República y a las ubérrimas tierras que moran a la izquierda del Cauca.—Santa Rosa registra con júbilo el magno triunfo de la hermana ciudad y desea se ensanchen para ella ilimitadamente los horizontes de la prosperidad.—San Rosa de C., agosto 4 de 1939.—El Presidente, José Manuel Montaña.—El Vice-presidente, Evelio González Arcila.—El Secretario, Enrique Valencia R."

Del doctor Fernando Duque Macías.

"Bogotá, agosto 4 de 1939.

Sociedad Mejoras Públicas.—Manizales.

Cordialmente únome júbilo Manizales, Departamento.

Fernando Duque Macías."

Del doctor Arcesio Londoño Palacio.

"Bogotá.—Congreso.—Agosto 8 de 1939.

Sociedad Mejoras Públicas.—Manizales.

Agradézcoles profundamente generoso mensaje sábado pasado relacionado mi modesta labor en beneficio plan vial Caldas. Espiritualmente helos acompañado celebración esta primera etapa victoriosa.—Complázcome reconocer concurso ustedes, estímulo apoyo Cámara Comercio, mientras tuve honor gobernar departamento fueron factores determinantes éxito alcanzado permitiéronnos corresponder confianza servir interés público realizada nuestra conexión demás regiones Colombia todo nuestro prospecto acción tendiente complementar progreso encuéntrame dispuesto servir secundando patrióticas iniciativas ustedes.—Anhelo vivamente mantener estrecha vinculación esa mi ciudad para poder en la medida de mis escasas capacidades contribuir su grandeza, corresponder confianza honores tan generosamente me ha otorgado.

Salúdoslos cordialmente,

Arcesio Londoño Palacio."

Del doctor Eduardo Posada Arango.

"Tribunal Superior.—Presidencia.—Manizales, agosto 4 de 1939.

Señor Secretario de la Sociedad de Mejoras Públicas.

Ciudad.

Muy distinguido señor:

Me refiero a su atenta nota de 2 de agosto en curso, por medio de la cual me transcribe la proposición aprobada por la Sociedad de Mejoras Públicas de Manizales, con motivo de algunas actividades parlamentarias del suscrito en relación con el plan de vías de comunicación caldenses.

En alto grado -señor- me honra la Sociedad de Mejoras Públicas -con las palabras de reconocimiento que usted me envía a nombre de ella-. Vale para mí el contenido excelente de la proposición a que aludo, tanto como el homenaje mejor que puedan ofrecer las gentes de selección, a quienes tiene la ciudad encomendadas la guarda de sus tradiciones y la seguridad de su grandeza. Me queda -señor y amigo- la profunda satisfacción de muchos empeños, en los cuales tomé parte en forma modesta, pero que alcanzaron para Manizales y para Caldas, cuatro rutas de valor imponderable para el progreso.

Acepte la Sociedad de Mejoras Públicas, en este momento de culminación de los mejores anhelos cívicos, el testimonio de mi gratitud sincera, mi debido respeto y mi aplauso de todas las horas.

Atento S. S.,

Eduardo Posada Arango."

Otros mensajes.

"Cali, agosto 5 de 1939.

Sociedad Mejoras, "Patria".—Manizales.

Regocijado acompañolos solemnidad inauguración carreteras redención segura, carísima ciudad.

Tobías Güendica."

"Quinchía, 5 de agosto de 1939.

Sociedad Mejoras Públicas.—Manizales.

Presente telegrama llévalas mensaje congratulaciones motivo festejos celébranse Manizales cuyo progreso infíltraselo por punta y punta. Hurra por redención capital Departamento.

Rafael Gironza."

S. M. P. _____

"Palmira, agosto 6 de 1939.

Presidente Sociedad de Mejoras Públicas.—Manizales.

Congratúlome ustedes trascendental acontecimiento celebra hoy Manizales, cual representa feliz culminación tenaces empeños progresistas dignos hijos esa hidalga ciudad.

Cordial saludo,

Marco Tulio Rivera."

Manizales tiene derecho a un campo
de aterrizaje. Este anhelo debe vivir
latente en todos los manizaleños.
S. de M. P. :: :: :: :: :: :: :: ::

INVITACION A LOS CALDENSES

Rafael Maya acaba de surcir con los mejores hilos de su prosa un manto de gloria para la ciudad de Manizales, con motivo de la celebración de la fiesta para enaltecer la culminación del proyecto, que muchos consideraban fantástico, de unirse la capital de Caldas con el río Magdalena. En él, después de historiar acontecimientos coloniales y la evolución y la revolución de la independencia, acomete la obra grandiosa de asomarse un poco a la verdadera historia del país, que no ha estado en las batallas sangrientas, ni siquiera en los parlamentos y asambleas, sino en la roturación de la tierra por el hombre libre y capaz, especialmente por el conglomerado étnico antioqueño.

En el cabrilleo de su prosa brillan desde Fermín López, los Arangos, los Palacios, los Calles, los Gutiérrez, quienes después de romper la selva y sembrar el grano, de dormir bajo los toldos del arriero o de bajar al socavón esquivo, honraron la magistratura, la cátedra, el parlamento, hasta los seres anónimos cuyo monumento recordativo es la tierra toda del plantío. Todo ese tejido maravilloso de la aguja de Castilla, con el indio nutabe, y el catío, y el tahamí, de procedencia caribe, con el ébano humano procedente del continente negro, formaron el mestizo y el mulato "ensayo feliz de las razas del porvenir", modificándose las razas, aclarándose la piel, elevándose el caballete nasal y perfilándose la nariz en actitud de dominio, que ofrecen ya una raza nueva en el antioqueño, todo ese tejido es elogiado allí, porque el elogio a Manizales, el elogio al Quindío, el elogio a Caldas, es la apoteosis de la cepa antioqueña que produce tales renuevos.

Celebramos con entusiasmo el contento de la capital caldense por su unión con el Magdalena, el gran lazo nacional que vincula las secciones colombianas, como celebramos la pronta unión con la capital de Antioquia, ya verificada la conexión con el suroeste antioqueño.

Pero si hemos de entusiasrnos por este feliz coronamiento de un ideal, sube ese entusiasmo cuando pensamos que ya es tiempo de invitar a los caldenses para que vengan los descendientes de los viejos fundadores de aquel pueblo a renovar sus hazañas sobre tierras de Antioquia. Porque ésta, por darles vida en menos de

un siglo, por dar vida a esa grande entidad que se presenta hoy como modelo colombiano para un estudio sociológico, es decir de todos los órdenes de la actividad humana, el Departamento de Caldas, no quedó extenuada y aquí sigue la entraña nutricia produciendo también héroes del trabajo que requieren, sin embargo, la compañía de su renuevo.

Antioquia se apresta para tomar posesión con el hacha de cerca de 20.000 kilómetros cuadrados en Urabá; y por Ituango hacia las vertientes del Sinú, y Cauca abajo hasta el Tarazá y el Man, prometedores emporios; y hacia el bajo Porce, y hacia el bajo Nechí, ubérrimos, febricitantes dentro de su fertilidad, vedados al hombre cuando éste no disponía de los elementos modernos higiénicos para domar la tierra brava y tenía que remontarse por los faldones del Ruiz, y en la alta cuenca del Chinchiná o sobre las cornizas de Calarcá y Armenia para clavar una semilla. A romper selva, a realizar el milagro de la multiplicación de las dehesas y de los plantíos, han de regresar los descendientes de los tenaces luchadores que, emigrados de Antioquia, tornan a su nueva tierra de promisión, cuando ya no caben en los lindes de Caldas prolfico, ni el suelo feraz de aquellas cordilleras magnificadas por los residuos del volcán extinto, es capaz de sustentar tanto pueblo.

Capital de Caldas, brazos de Caldas, energía humana de Caldas necesita Antioquia para unir la fuerte musculatura de los que aquí quedan, a la inteligencia ya organizada y medotizada en grandes empresas, los esfuerzos, la inteligencia nueva, la nueva concepción de la vida de aquellos luchadores.

Todas esas cuencas y esos valles majestuosos y esas cordilleras enhiestas arriba nombrados, en tierras de Antioquia, son una invitación al caldense que quiera renovar la aventura y la epopeya de sus antepasados sobre el norte y el nordeste antioqueños, asentados sobre panes de oro, fértiles en sus hondonadas prodigiosas, provocación para los hombres de lucha, que han de seguir haciendo la historia, la verdadera historia de Colombia, tumbando montaña, sometiendo el suelo al querer del hombre y avanzando en el subsuelo para arrancarle los tesoros que avaro solapa.

La vinculación de estos departamentos ha de ser también un toque de reunión al frente del "corte" en la montaña erizada de peligros, para transformarla en riqueza y en ventura para la patria y en prosperidad individual para cada luchador.

Si al caldense le va faltando tierra, al antioqueño le sobra hacia el oriente, hacia el norte, el nordeste y noroeste, que solamente el sur y el suroeste se intensificaron en el cultivo y en la creación de pueblos audaces, batalladores.

Si sus ascendientes no han dispuesto de ellas, quedan para los hijos de Caldas, en unión de toda la familia antioqueña.

(De "El Heraldo de Antioquia")

M A N I Z A L E S

Por Armando Solano.

No produce Manizales, como tal vez ella misma lo desea, la impresión de un vasto taller donde cada obrero se afana por cumplir la tarea cotidiana. A mis ojos, siempre propicios a la ilusión, y que gustosos cambian la realidad por el miraje, se ha mostrado Manizales como una colmena ejemplar, en donde el trabajo fuera la única expresión de la vida. Los artesanos, gozosos, esgrimen martillos y cinceles trepados en los andamiajes laberínticos, que en conjunto parecen una muchedumbre innumerable de mástiles anclados en mar quieta y espléndida. Y el conjunto de los golpes y de los tañidos y de las voces que caen del cielo, es un himno alegre, tonificante, un motivo de lírica energía, un clamor de victoriosa procesión. En ninguna parte me ha parecido menor rudo, más ligero y sonriente el trabajo que en Manizales. Aquí, las gentes hallan en él objetivo insuficiente para su dinamismo potencial. Se trabaja, se lucha, con espontaneidad, con frescura, con brío. Lo arduo les inspira a los hombres una satisfacción orgullosa. Si es preciso destruir una montaña, colmar un abismo, talar un bosque, subir al dorso erizado de la cordillera la locomotora gallarda y trepidante, el manizalita encuentra apenas tarea adecuada para sus ansias combativas. Hay una emulación varonil, un íntimo deseo de vencer, una chispa emanada de los mitológicos conflictos entre divinidades, en este amor al esfuerzo gigantesco. La fortuna sin duda atrae con sus blanduras a los titanes de estos riscos, que en la adolescencia muchas veces logran dominarla del todo. Pero es independiente de la ambición el deseo de trabajar. Función fisiológica, expansión ineludible de un equilibrio pleno y maduro, de una desbordante vitalidad, el trabajo en Manizales nunca generará cóleras, venganza ni batallas, sino frutos de bendición. Pues aquí no se conoce el trabajo esclavo, ni se siente el peso de castas parasitarias. La alegría en la labor, el concepto dionisiaco de la vida, reencarnado e intensificado por el Renacimiento, y que en nuestra época se quiere imponer mediante algunos postulados políticos, gobierna el progreso de Manizales, discurre por las arterias de este pueblo que quizá ignora su propia ar-

monia íntima y cree de buena fe, como el resto del país, que su alma es tan áspera y cerril como las apariencias de su envoltura material. Aquí es dable crear gozosamente. Y el hijo de esta comarca feliz vive lanzado a la aventura por el espíritu del colonizador, del fundador. En dondequiera que puede, erige un nuevo centro, agrupa hogares, acumula propósitos de grandeza, funda latencias de prosperidad, amasa los comunes anhelos y le ofrece a la raza un campamento, un punto de apoyo para las futuras conquistas. La ciudad siente el orgullo infantil de hacernos creer a quienes llegamos a las puertas nunca cerradas de Manizales, que la tarea impuesta por la naturaleza es excesiva, superior a sus fuerzas. Y por ella vive. Y diariamente elimina una dificultad, subsana una deficiencia, pone una piedra en el camino hacia el mañana, precipita a los valles por una red de arriesgadas, de milagrosas comunicaciones, el producto del suelo, y en pie sobre las rocas que ha de triturar, con la mirada encendida por el optimismo y el corazón limpio de turbias pasiones, canta en cada atardecer la esperanza siempre renaciente. No, sus trabajos no están tocados por el azote bíblico, no tienen la melancolía del castigo, no envenenan las relaciones entre los hombres. Ellos pulen y suavizan el espíritu colectivo, acentúan la selección de un original grupo étnico, acrecientan una riqueza que ya es considerable, y levantan en Manizales una enseñanza y un faro hacia los cuales ha de marchar el vacilante y confuso espíritu nacional. Porque —es otra de las facetas de la ciudad que más nitidamente veo y que me han impresionado con mayor fuerza— Manizales, urbe netamente colombiana, cuya creciente grandeza es debida no al cimiento colonizador sino al empuje de la República, es un foco de patriotismo comprensivo y eficaz, que está preparado por la adivinación del porvenir y por el imperio de invencibles atavismos, para la campaña nacionalista, estrechamente nacionalista, que el tiempo exige de todos nosotros. Yo he sentido latir en Manizales el corazón de la Patria con igual vehemencia que, bajo la mano del cazador, el corazón inquieto del ave prisionera. Aquí se advierte un ritmo de vida nacional, una preocupación global por las cosas del país, un culto bello y sencillo a las insignias y a los símbolos de la Nación, una mancomunidad de intereses, de recuerdos y de aspiraciones con las otras partes de Colombia. En la tierra que llevo recorrida del occidente —diferenciada hasta lo increíble del oriente silencioso, parco y retrasado— Manizales, lo digo para rendirle el tributo de agradecida admiración, ha sido el centro de una fraternidad colombiana más viva y real. Los viajeros se dan cuenta del cambio, de los matices. Y al descansar en el seno de esta villa cuya hospitalidad castellana, pródiga y afectuosa, parece calcada en las páginas romancescas donde aprendieron a leer los doctos licenciados que vinieron de España, comprendemos, o más bien sentimos, que no somos extraños, que nuestra ausencia de este hogar era injustificada, que teníamos desde toda la vida un lugar

listo cerca del fogón familiar para ahuyentar el hielo de los desencantos y charlar en larga velada, de las cosas que a todos los colombianos interesan por igual. Mucho se habla, los hijos de Caldas tal vez más que los extraños, de la exclusiva consagración de este pueblo a las cuestiones económicas, al comercio, a los negocios, al progreso material. Y sin embargo, de todas sus actividades fluye un sentimiento de abnegación patriótica, de entusiasmo civil, de previsión colectiva, todo, en fin, aquello que brota sólo de las ciudades que poseen una rica historia, que han llorado y gozaron en las horas críticas de su vida, que tienen amasada una tradición que duerme en ingentes archivos, y cuyo espíritu se troquela y se macera en las luchas adversas o felices de un largo pasado. Manizales tiene una cultura. Aquí las cosas ya están diferenciadas, apisonadas en estratos homogéneos, y al curioso le es fácil ejercitar su deseo de clasificación. Manizales, martirizada y purificada por las llamas, que atraieron hacia ella en espléndido homenaje las mejores muestras de inequívoca solidaridad, está entregada casi por entero a la obra de su reconstrucción. Apenas si ha puesto a un lado momentáneamente los materiales con que construye flamantes palacios, soberbias instalaciones mercantiles, templos, hoteles, oficinas, para recibir a quienes la visitan con ocasión de sus magnos festejos. Y sin embargo, la noble sencillez de su acogida, el brillo discreto de sus fiestas, la vida de sus centros sociales, el hallazgo no raro aquí de espíritus inquietos y penetrantes, delatan un proceso de interior pulimento que, francamente, no era esperado. Básteme decir, para dejar heridos ciertos prejuicios sabaneros, que aquí resultaron mucho mejor organizados los bailes que las exposiciones industriales. Si estuviera escribiendo una revista, no vacilaría en decir que la anunciada exposición no tuvo grandeza ni estilo. Mi propósito es otro. Dar en lo posible una visión sintética de la ciudad, lo cual es útil entre otras cosas porque dentro de cinco años nada existirá de cuanto ví en las villa antigua. Ahora, el contraste es visible y es atrayente. Existen calles de un desnivel heroico. Los automóviles suben aquí en un solo arranque pendientes dignas del cable aéreo. Hay rincones donde el tránsito se hace por escalones, por gradas talladas en la tierra y casi verticales. Vi a un enamorado suspendido entre la tierra y el cielo, milagrosamente sostenido en uno de esos peldaños, y que charlaba plácidamente con su novia, colgada sobre su cabeza en un balconcito inverosímil, como un nido fantástico, cinco metros más arriba. Y hay parque, paseos, hipódromos, sitios de expansión, para ascender a los cuales el forastero se da por muerto. No así el manizalita, ni mucho menos la manizalita, para quien el viaje suicida por el cable a Villa María es un deporte cotidiano.

Y bien. Al lado de esta villa tortuosa, elévase blanca, tersa y sólida la ciudad moderna, esculpida en la agria roca por un potente derroche de voluntad; la ciudad que después de un lustro no será

igualada sino difícilmente por otras capitales. Viendo esto, dándose uno cuenta de que aquí la edificación del lote, la invención del suelo, es más costosa que la erección del edificio, comprende el amor del nativo a Manizales, que ha sido literalmente amasado por sus manos y animado por su espíritu. Cuando el viajero afirma su paso en el bullicioso y rico mercado público y ahí oye contar cómo el lugar que la plaza ocupa era un lago profundo, de aguas turbias y aviesas; cuando entra a la estación central del ferrocarril por un gran túnel y advierte en derredor que todo ha sido cincelado, esculpido en la montaña, se siente orgulloso de ser siquiera el hermano remoto de estos dinamos que piensan y cuya energía es obra imperecedera.

Manizales, quiero anotarlo como una de las paradojas que llenan la historia patria, es hija de la guerra. Antioquia acumulaba allí, por razones de estrategia y de topografía, los hombres, el dinero, los víveres, cuanto juzgaba necesario para defenderse contra las agresiones del poder central. Este, a su vez, al lado opuesto del mismo farallón concentraba sus efectivos y sus provisiones. De donde surgió un núcleo neutral de proveedores, de negociantes, que le dieron impulso a la joven población. Sin embargo, es quizá imposible encontrar ciudad en donde los recuerdos guerreros vibren más apagadamente. Más aún, la política me parece muerta aquí, peligrosa y grave mal. Académicamente no hay quien se niegue a divagar un rato sobre matices ideológicos. Pero ha desaparecido toda combatividad, a pesar de que se siente un predominio de ideas y personajes exóticos, que mutilan la independencia espiritual y humillarían a un centro mucho más pequeño que Manizales. Y esto me sugiere una digresión. En Bogotá se habla del cacicazgo de Manizales como de algo tiránico, absorbente, vergonzoso. Y el cacicazgo existe evidentemente. Sólo que aquí recuerda uno a Guillermo Camacho cuando defendía esa inevitable calamidad. En efecto, los caciques de Caldas luchan con tan encendido afán y tan denodado brío y tan granítica tenacidad por el progreso del terruño, que casi le pagan la idolátrica pleitesía que les rinde.

No tengo vocación para tratar por escrito el tema femenino. La tuviera, quizá me detendría a explicar cómo la índole de la mujer de Manizales, excepcionalmente comprensiva y práctica, de una inteligencia despierta, amplia y flexible, sin merma de la gracia ni de la sensibilidad que tan divinamente brillan y tiemblan en las mujeres de nuestra altiplanicie, ha sido acaso el factor primordial de la cultura y de la prosperidad de esta tierra. Las abuelas de treinta años, bellas y prudentes, con quienes uno habla aquí, nos desconciertan y nos encantan. Por ellas tienen vida inalterable las costumbres puras y sencillas. Por ellas, simultáneamente fuertes y tiernas, estos hombres pueden llenar su misión sin tormentos y sin zozobras.

Manizales, como les pasa a todos los pueblos, como nos pasa a todos los hombres, no graba en el observador la impresión acera-da, imponente, que de seguro desea. Nada tiene de taller ni de bo-dega. El viajero asiste al soberbio espectáculo de la reconstrucción y advierte, claro es, el empuje avasallador del pueblo que ha con-vertido sus cenizas en cemento y en mármoles. Pero comprende que no se gasta en esa empresa todo el alma de la ciudad, más bien parece que ella desea dejar pronto de mano la herramienta, y mos-trarnos, risueña, el esplendor de sus espirituales galas. Y el ma-nizalita de raza no muestra con acendrado orgullo las fecundas he-ridas que su brazo le ha inferido al basalto, sino, en las mañanas de azul virginal, la mole argentada del Ruiz, que esplende, bruñido y sereno, como una promesa de paz y de ventura. Yo vi en esta ciudad perentorias afirmaciones de fuerza, de orgullo industrial, de hondo espíritu público. Admiré ciertas facies de su organización urbana. Medí las dilatadas proyecciones de ambición que clava en el futuro. Conoci sus planes colonizadores, las rutas por donde lan-zará los heraldos de su comercio y los precursores de su dominio. Y sin embargo, me iré creyendo, porque no lo puedo remediar, que este pueblo encarnaría gustosamente su ideal en materias menos duras que el hierro y que posee capacidades para crear obra desinteresa-da y palpitante y estética, que él no ha querido descubrirse. Incrus-tada en su risco ahora accesible, rodeada de un paisaje que tiene del cataclismo geológico y de la idilica pradera, Manizales me sugie-re mejor la tipleza, la fecundidad y el amor de un nido, que la he-lada estridencia de una fábrica. Y sin embargo, su vanidad estriba en ser horno, crisol, algo que hierve y crepita. El porvenir, aún oscuro, dirá si tiene razón la ciudad o el oscuro viandante que un día tocó a las puertas nunca cerradas que ennoblecen sus armas.

Manizales, 1928.

Los vecinos de la Avenida Cervantes
deben construir los andenes al fren-
te de sus residencias.-S. de M. P. ::

C O M E N T A R I O S

Colombia Medular. Colombia es país de contrasentidos. De contrasentidos aparentes. Por ejemplo, este: que no haya en un país con diez millones de habitantes de una cultura tal vez superior a la común americana, una sola editorial, en el estricto sentido de la palabra: una industria del libro organizada en grande escala.

Conocido es el auge que las casas editoriales tienen especialmente en Argentina y Chile. Vuelca Buenos-Aires millones de ejemplares sobre toda la América. Chile, con sus escasos cinco millones de habitantes, tiene organizadas media docena de casas editoriales, con éxitos a la vista, a pesar de dejar mucho que desear cuanto atañe a técnica editorialista.

Colombia tiene, en su renacer vigoroso, en que tantos vacíos va llenando, éste de no contar, ni particularmente ni estatalmente, con una editorial de empuje, que escampe sobre el país una lluvia bienhechora de volúmenes.

En cambio, cuenta Colombia con una abundancia tal de revistas (se entiende también de diarios) como no he podido ver en otro país americano, y en muy pocos de Europa, tanto en cantidad de publicaciones como en calidad de contenido.

Y hay que conocer este hecho, si acaso se quiere comprender el sentido, y también la intensidad, de la corriente de savia que circula en estos momentos por las venas de ese país tan poco conocido en sus líneas medulares.

No hay otro país en América cuyas ciudades, aún de escasa importancia demográfica, tengan tal abundancia de revistas. He ahí a Manizales, por ejemplo. Tenemos tres a la vista que ven la luz en esa ciudad. Es interesante detallar sus índices. Qué materias embocará una publicación salida en una ciudad dada por entero al trabajo, y de tan escasos habitantes?

Cuántas tonterías copiadas a tijera, a semejanza de los grandes rotativos, que viven como parásitos de la substancia ajena? Probablemente os engañáis.

Abro una de estas revistas: "CIVISMO". Leo títulos interesantes: Historia del periodismo en Manizales. Investigación. San Francisco de Asís, una poesía que podría firmar el gran Darío. Es de una alta poetisa de la ciudad, Blanca Isaza:

No ha tenido en la historia el Señor en su apriseo
una oveja más blanca que el hermano Francisco.
...Alcanzó la grandeza cósmica que destella
sobre los siglos muertos un resplandor de estrella.
El seráfico hermano del lobo y del guijarro,
que enguinaldó de lirios la humillación del barro.
A sus manos signadas con las huellas divinas
de frac y orquídea blanca iban las golondrinas.
...Posaba sobre el suelo la planta con blandura
por no humillar la tierra, resignada y oscura,
no deshacer los oros trenzados de la espiga
o anular esos mínimos afanes de la hormiga...

Qué líneas bellas. Continúo: El Cráter del páramo Ruiz. Sobre sistemas penales. Apuntaciones idiomáticas. Sinfonía negroide. Invitación a sonreír. Consejos de un padre a su hijo. La tierra manda. Sor Juana Inés de la Cruz. Don Marco Fidel Suárez. En defensa de la arborización. Cien libros de Literatura Colombiana. Renuevos de Antioquia. Teatros al aire libre.... Temas. Nada de copias...

(De "La Semana Internacional" de Valparaíso, Chile).

Colaboración para este número. La presente entrega de "Civismo" está dedicada a reseñar gráfica y literariamente todos los actos relacionados con los festejos de inauguración de las carreteras de Occidente y al Magdalena. Por no disponer de espacio suficiente no nos es posible dar cabida a algunas colaboraciones enviadas para este número. Pedimos las debidas excusas a nuestros distinguidos colaboradores.